



# El ojo de la noche

Miguel Schweiz





Título original: El Ojo de la Noche

Autor: Miguel Schweiz

Año 1995

Registro en SafeCreative Código 1005296444612

Diseño de Portada: Editorial MaSe

© Miguel Schweiz



Eran las ocho menos cuarto y amanecía en Ezeiza. La Luz, sonámbula aún, reflejaba el color plata de los aviones.

Parecía encantado al bajar por la escalerilla aunque sólo hacía seis años que había dejado por la tarde a Buenos Aires.

Respiró hondo para llenarse otra vez de humedad y del frío julio. Caminó despacio hasta la terminal y antes de entrar miró hacia la terraza desierta e imaginó las voces amigas que aquella noche le gritaban:

-¡Ché, Zelo, tiralo acá antes de que te lo quiten! ¡Cómo estás viejo!

Sintió el peso del maletín y recordó aquel radio cassette que le llevaba por primera vez a la abuela en el mágico regreso de Europa.

La aduana, la rutina, los autos... Llamó un taxi y se perdió entre los árboles del camino llenos ya de sol.

Cuando comenzó el laberinto de calles atrapadas entre edificios grises, su corazón palpitó con más fuerza. Llegó al hotel Plaza y al pisar la ciudad, la actividad febril volvió a contagiarle.

Ya en la habitación, se asomó a la ventana y encontró más ventanas... ¿Por qué hacía esto? ¿Era necesario esconderse en Buenos Aires donde sintió tantas veces el anonimato?

A pesar del arrebató que lo había llevado a buscar el pasado, tenía necesidad de reflexionar antes de presentarse sobre todo delante de la abuela. ¿Cómo reaccionaría? Debía planear algo rápido; más que a la sorpresa, le temía al hecho de tener que contar esos seis años.

Abrió la valija escogió la ropa, se desnudó y entró en la ducha; se quedó más de media hora dejándose empapar por el agua y mientras absorbía el recuerdo con olor a cloro, la mente no paraba de aconsejarle los pasos a seguir. Algo que parecía tan banal y fácil se le antojaba un teorema.

Bajó al café y mientras desayunaba, sus ojos estaban estáticos en el teléfono. El plan consistía en adaptarse aunque fuera un día y luego contactar con los demás. Tenía miedo a vomitar o marearse; la abuela había estado siempre demasiado pendiente de él, la impresión no sería muy agradable... Antes de salir de *allí* se había quitado la barba y el rostro escondido durante tanto tiempo le sorprendió a él mismo; ni qué decir en qué se había transformado el cuerpo sano y fuerte que entró en el avión aquella tarde de hacía seis años.

El teléfono lo tentaba, estaba tan cerca ya de todo ¿Para qué esperar? Un día no cambiaría su aspecto y tampoco sería suficiente para poder adaptarse.

Por fin se decidió; después de todo su actitud había sido siempre la de seguir adelante, costase lo que costase.

-Hola... ¿Tomas?

-No ¿Quién es?

-Soy... Zelo y quisiera hablar con Tomás...

Hablaba como si no pudiera dominar la voz.

-Un momento por favor

Mientras esperaba no podía mantener los labios juntos y hasta sostener el auricular era un trabajo arduo. Por fin una voz emotiva, sorprendida, como incrédula:

-¿Zelo?

-Sí Tomás, soy yo...

-¡Zelo, muchacho...! ¿Dónde estás?

-Acá, en Buenos Aires.

Se sentía respondiendo como un niño desprotegido.

-¿Cómo? ¡En Buenos Aires! ¿Dónde?

(Para Tomás era como un sueño o caerse de la cama)

-En el hotel Plaza...

-¿En el Plaza?- Cada vez entendía menos.- Te voy a buscar...

-Tomás, no le digás nada a nadie, antes quiero que hablemos...

-O.k. hermano... Esperame.

Tomás colgó como un autómata. Zelo se había convertido con el tiempo en un fantasma. Salvo para la abuela, en la que el recuerdo permaneció inalterable, los demás casi nunca hacían comentarios de él en voz alta. Cuatro cartas en seis años no servían para sostener una imagen que obviamente iría transformándose.

-Zelo... ¿Tu hermano, no?

La pregunta de Néstor desplazó el plano a la realidad.

-Sch..., despacio; nadie debe enterarse todavía que Zelo llamó. Después te explico, ahora tengo que salir.

-Pero...

Tomás apurado de golpe:

-Que esto quede entre nosotros, no hablés...

Le temblaron las piernas cuando llamó en la puerta 308 del Plaza... "*No podía ser, seguro que el conserje se equivocó*", pensó al ver la figura translúcida que se recortaba con el fondo luminoso al abrirse la puerta. Se miraron intensamente...

.¡Tomás...!

Unos brazos duros, delgados como pinzas aprisionaron su cuerpo que conmovido absorbía todo el ser de su hermano.

-Zelo...

No se movieron de allí, abrazados, como si llenaran con ello los huecos de tiempo que los separó.

-Hermanito ¿Qué te ha pasado?

Zelo que no podía hablar sino con los ojos, le puso la mano en el hombro y entraron. Se sentaron; no dejaban de mirarse y preguntarse a sí mismos qué estaba pasando, qué había pasado. Zelo, algo mareado pero reaccionando ya, le preguntó:

¿Querés tomar algo?

-Si no te importa un café; esto es demasiado... todavía no me lo creo...

-Ya te lo iré explicando de a poco. Como verás mi aspecto ha cambiado bastante, imaginate por dentro. Pero vos estás como siempre, apenas una canitas más en la cien... ¿Te casaste?

Tomás, casi sin ganas sonrió.

-Estás loco, en eso tampoco cambié.

-Pero entonces vas para solterón. Siempre te gustó hacerte rogar por las mujeres; ¿Seguís con el papel de *duro*, matador?

-Que te parece, pero me mantengo pintón ¿Verdad?

El botones dejó el café sobre una mesita y el silencio interrogativo volvió a aflorar mientras lo absorbían despacio, consintiendo ambos una tregua momentánea.

Por fin Tomás:

-Y bien pibe, no queda otra que preguntarte qué te ha pasado.

Zelo, con su sonrisa tan propia, una de las pocas cosas que aún conservaba, pero que apenas le iluminaban algo la mirada:

-Sabés... No es fácil escribir, contar la vida por cartas, más aún si se te descontrola. No, no es fácil Tomás ¿Qué podía decir? Llega un momento que a pesar de rellenar tantas historias, te quedás desconectado de la realidad y no sabés cómo encajarlas en lo que dejaste atrás.

-Pero no entiendo ¿Qué es lo que te ha llevado a ese estado?

No respondió. Buscó los cigarrillos, le ofreció a Tomás que no aceptó y encendió el suyo, casi sin poder dominar la llama del encendedor. Aspiró el humo con lentitud como para apagar el diálogo que se hacía cada vez más intenso y con voz tímida y temerosa cortó el tema anterior con lo que más deseaba saber:

-¿Cómo está la abuela...?

-Bien, con una salud de hierro; le puso mucho coraje a tu ausencia, pero todos sabemos que sus sentimientos y sus pensamientos han estado con su *nene* y te ha esperado cada día, sin que disminuyera la ilusión...

Zelo tenía los ojos llenos de lágrimas y en ellas parecía navegar la imagen de su abuela, dulce, esperada cada mañana con una taza de café con leche.

Tomás siguió...:

-...Creo que debemos preparar el reencuentro, sabés que es muy fuerte, pero... has cambiado tanto, eso sumado al deseo de verte, de encontrarte... No sé... Podría significar un duro golpe para ella.

-Bien ¿Qué hacemos...?

-Es que si al menos hubiese recibido fotos, un punto de referencia...

-No creo que eso fuera lo adecuado... Aunque hay algo que siempre he pensado: abuela lo ha sentido todo y si hay alguien que no se sorprendería al verme sería ella; como si me hubiese seguido, como si no hubiese perdido el rastro.

Tomás de carácter más comedido, que ejercitó en su vida y en su profesión ideas concretas, no estaba muy convencido del argumento de su hermano, cuya profesión se asemejó más desde joven a la de argonauta que a la de médico.

Como si no pudiera mantener durante un determinado tiempo el mismo tema, Zelo preguntó:

-¿Y Eli...?

-Se casó hace dos años, dejó el hospital...

Inconscientemente Tomás había unido ambas ideas como si existiera alguna culpa o razón que hilvanara la trayectoria de Eli.

-¿Por qué? ¿Y papá... cómo reaccionó?

-Un día llegó al consultorio de papá y le largó, sin más, que no seguía en el hospital. Sabés de sobra como son; estuvieron casi dos horas, hasta que ya en casa, tuvo que intervenir la abuela. Hubo drama para rato; todavía hoy papá no puede ver ni pintado a Néstor, el marido de Eli... Es relaciones públicas y está loco por conseguir un cargo diplomático en París. Papá piensa que es una influencia negativa sobre Eli.

-No puedo creerlo, la mejor doctora de la familia, el genio, el Nóbel de papá.

Zelo había fijado los ojos en la ventana del mediodía como si fuera una pantalla que reconstruía las escenas del pasado.

-¿Me imagino que María sigue en casa?

-Claro que sí, con el mismo genio de siempre. La abuela ha tratado de ignorarla para que descanse, pero no hay quien le quite *su trabajo...* "los jóvenes no sirven..."

-Y la casa ¿Ha cambiado mucho?

-No, prácticamente nada, con Néstor agregado al núcleo, un poco a la fuerza. Al principio buscaron con Eli un apartamento, pero los sueños de él y el abandono del hospital de ella, los empujaron al lado de la abuela que no tuvo ningún inconveniente en aceptar la idea al instante. Bobi sigue en el jardín, inundando cada primavera los rincones con azaleas y rabiando cada día con las hormigas. Han pasado tantos años y nunca ha terminado la temporada con todas la azaleas completas. ¿Te acordás de los tronquitos todos pelados en una noche...?

-Cuando la abuela me escribió a Misiones y me dijo que Pinti había muerto, lloré como cuando se lastimó la pata aquel verano ¿Te acordás? Y el veterinario dijo que tal vez tuviera que sacrificarlo... ¿No hay otro?

-No, Pinti fue el último; cuando murió la abuela se quedó sin fuerzas y juró no tener más. Papá y Eli también estaban muy mal...

Silencio...

-Zelo, ya ves, esta ciudad, a pesar de los altibajos, no ha cambiado tanto como cabe suponer. La familia tampoco y los amigos, al principio preguntaron bastante por vos, sobre todo Dido.

-¡Dido! ¿La has seguido viendo?

-Al principio sí, después de vez en cuando, en alguna fiesta... Sigue siendo un monumento.

Zelo lo miró con algo de picardía...

-¿Te sigue gustando viejo?

Tomás entre sorprendido y avergonzado:

-...Sabés que ella estaba loca por vos.

-Qué lástima, cómo me hubiese gustado corresponderla, pero la vida es un tango que casi siempre termina mal.

Tomás lo miró a los ojos, quería introducirse en las pupilas oscuras, dilatadas y se escuchó a sí mismo la interrogación que había gestado desde el primer instante que lo vio:

-¿Tenés Sida...?

Se mezclaron las miradas que se evaporaban en contacto con la realidad.

-Sabía que me lo ibas a preguntar.

Los ojos no cambiaron de posición.

-No, no es Sida. Esto no tiene nombre, me estoy transformando en cadáver y no sé quién es mi enemigo; sobre qué cosa pondré la corona de laureles cuando se proclame vencedor.

Esta vez Tomás, que se debatía entre querer saber y no querer saber nada más, cortó la conversación.

-Son casi las dos ¿Querés almorzar?

-Por mí sí, como te apetezca...

-Conozco un restaurante cerca de acá ¿Preferís descansar o vamos a comer algo por ahí, para sacudirnos... ya sabés.

-Claro Tomás ¿De qué voy a descansar?

-¿Has llegado plenamente a Buenos Aires o todavía estás allá...?

-Aunque parezca increíble, estoy con vos acá; tan cerca como antes, como si lo que pasó hasta que bajé del avión lo hubiese leído. Casi siempre sucede al revés ¿O no?

-Qué se yo, lo único que he hecho hasta ahora es ir de vacaciones a Brasil o Uruguay y cuando llego no quiero creer que tengo que empezar a trabajar y sigo mentalmente en Copacabana o Punta del Este hasta que los muchachos me despiertan con un golpe en la espalda: “¡*Qué tal las vacaciones flaco...!*”

Se rieron juntos, casi a gusto como en los viejos tiempos.

## II

-¡Selene, te lo ruego! ¡Nos vas a hacer el favor de explicarnos qué pasa ahora!

-Ya te lo dije muy claro la semana pasada... Cuántas veces tendré que repetirlo.

Delgada, con aspecto delicado, Selene bajó del escenario con decisión. Se dirigió directamente a una puerta, tratando de desentenderse de Nino que la perseguía desde el centro de la sala.

-Qué te parece...- insistía Nino jadeando detrás de ella- que es fácil cambiar así porque sí... que me gusta esta posición...

Sin detenerse se introdujo en el angosto pasillo y entró a la habitación pequeña que hacía la función de camerino.

-No puedo soportar a Andrea, parece una gallina con un huevo atravesado; no se entera del tono, del compás. Cómo me voy a concentrar, los oídos se revelan, se atrincheran cuando ella ataca.

Nino que consiguió sentarse en una butaca:

-Selene, sólo te pido un poco de paciencia.

-¿Paciencia?- le interrumpió- ¿Por qué? Buenos Aires está llena de chicas capaces de cantar y no de cacarear.

Nino insistió:

-Es que Rudi... ya sabés, la guita es la guita. ¿Quién alquiló el sótano? Pensá... ¿Quién lo transformó en esto, quién consiguió los equipos...? Y bueno, Andrea es su última calentura.

-Hay que buscar una solución Nino. Ella no canta... entendés... Lo arruina todo y los demás pierden el ánimo.

-Está bien princesa,- cedió Nino- voy a arriesgarme, pero que conste que nos jugamos mucho...

-Decile a Rudi que se dé un baño relajante y que deje de hacer arte con la bragueta.

-Nena, ¿Vas a despertar alguna vez?

Cuando salió, ya estaban las luces apagadas; abrió la puerta de la calle y Alberto esperaba allí, observando un gato que rebuscaba entre la basura debajo del farol.

-Hola, pensé que ya te habías ido.

-Es que vi luces en el camerino y decidí esperarte. Últimamente estás demasiado ocupada para mí...

-Cansada...

-Aunque sea vamos a tomar algo.

-¿Es necesario Berto? Estoy agotada, de verdad.

-Por qué me preguntás si es necesario,- cortó con un tono seco- ¿A qué estás jugando?

-Nunca jugué a nada, por lo menos en lo que se refiere a vos, sólo que necesito estar sola, tranquila y ahora no me apetece sentarme en un bar para hablar de hechos o situaciones pasadas, la verdad Berto. Ya te dije...

Interrumpió la frase cuando entendió que Alberto apenas la escuchaba alejándose de la entrada.

Se encogió de hombros, se levantó el cuello del abrigo estremeciéndose al ser consciente de frío. Caminó despacio una cuadra y allí estaba su destartado Fiat 600.

Estacionó cerca del portón y mientras cerraba el coche, pensó jocosa en las frases que le diría Manolo al entrar en el edificio.

-Buenas noches Señorita Selene, qué frío, eh ¿Todo bien hoy?

Sonrió por fuera y por dentro al comprobar que había acertado como siempre y le respondió lo mismo de todos los días.

Nada más entrar la gata feliz se restregó entre sus piernas, dejó las cosas sobre el sillón y la abrazó con mimo, mientras le hablaba...

Ya en el baño, repasó la última grabación de Nino mientras se desnudaba y sumergida en el agua bien caliente reconstruyó la escena del día.

### III

-¿Te gusta?

-Sí, aunque ya casi había perdido el sabor de la carne,- contestó Zelo tratando de masticar con naturalidad. – Qué lindo es este parque y el bosque sobre todo. Me intriga en concepto de civilización que vuelva a ser consciente en mi mente.

Tomás:

-Es gracioso, pero no sé de dónde venís.

-De Rueri; no me mirés así, en serio; es un pueblo cuyo condado ni siquiera está en el mapa... Pero dejémoslo por ahora... ¿Qué vamos a hacer cuando salgamos de acá Tomás?

Tomás dejó de comer, pasó la servilleta por sus labios mientras observaba a Zelo tragando con dificultad; agarró la copa para apoyarse en ella, la necesitaba como bastón y bebió el vino buscando el efecto alucinógeno que le diera una respuesta rápida y precisa para el futuro inmediato. No podía pensar con claridad, Zelo le había dado esa mañana un tremendo zarpazo a su rutina, a sus sentimientos; miró a su alrededor y todo parecía normal, con diálogos serios e importantes decisiones ejecutivas; chismes entre administrativos... y él comiendo con un fantasma, su querido fantasma.

-¿Qué te parece si a las seis que entra papá vamos al consultorio, de paso nos da tiempo para ir preparando a la abuela...- Se decidió a opinar por fin.

-Creo que es una buena idea, lo lógico; papá, pase lo que pase, siempre aguantará el tipo; tensará el cuello, inclinará la cara un poco hacia arriba y empezará así su autoprincipio de relajación, el gesto que le da el suficiente tono muscular para expresar las frases educativas apropiadas.

-No seas tan duro; por qué si deseás tanto quererlo no has sido nunca capaz de decírselo... ¿Querés postre?- cortó al acercarse el mozo.

-No, esto ha sido un ágape, me alcanzaría por un mes.

-¿Un café entonces?

-Sí, eso sí; hacía como tres años que no lo tomaba...

-Increíble, he estado todos estos años prácticamente rodeado de selva, naturaleza activa y me resulta un placer caminar de nuevo por este parque; será que las plazas metropolitanas, aunque deseen imitar a la naturaleza, se convierten siempre en una geometría de plantas, árboles y caminos, como un edificio ecológico que marca la diferencia con lo salvaje.

Iban caminando despacio, atravesando los árboles y pequeños lagos artificiales, encerrados ambos en sus propios mundos.

-¿Extrañabas la ciudad?

-No, la llevé siempre conmigo, como esas fotos que cuelgan los presos en la celda, hasta que me empecé a olvidar de mi identidad absorbido por lo que me circundaba. De qué me hubiese valido entonces el recuerdo.

-¿Necesitás comprar algo, no sé, ropa por ejemplo?

-No hace falta, estuve unos días en Roma y Madrid antes de embarcar para acá que me sirvió como estación de descompresión, allá también compré un poco de todo para estar “presentable”... – Agregó esta palabra sonriendo, tal vez burlándose de sí mismo.

-¿Y qué tal estás económicamente?

A Tomás le costaba pensar que su hermano pudiera haber llevado bien este tema alguna vez.

-Cuando muchas cosas fallan, te da un poco de tranquilidad saber que no es en su totalidad y *algunos* piensan que para equilibrar las desgracias, no hay nada mejor que el dinero. Me pusieron así bastante en el bolsillo y a callar.

Tomás lo miró cuando se sentó cerca del agua con los ojos hundidos en la profundidad azul y el eco de las palabras anteriores martillaba su cerebro: *a callar...* Sintió una profunda ternura por ese ser, su propio hermano, tan alejado de todo, tan aislado; presintiendo miles de cosas que aún no podía contar y esperando cada palabra con impaciencia y miedo a la vez. Pero no quería presionarlo con su ansiedad, por otro lado, lógica.

Las voces alegres de los niños, las parejas paseando su amor en barca, las nurses en equipos de dos o tres empujando sus respectivos cochecitos y otras dominando el ímpetu de los perros sostenidos por sus correas, los pájaros, las hojas, todo envolvía las dos figuras muy juntas, silenciosas sentadas en la orilla del lago.

-¿Qué te dijo?- Le preguntó a Tomás cuando se acercaba hacia él.

-Va a cerrar la consulta,- le respondió agitado por la caminata rápida desde el teléfono.- Le expliqué brevemente lo de tu llegada, las impresiones y sobre todo tu estado físico para que pueda reprimir un poco mejor la sorpresa.

-¿Entonces...?

-Nos está esperando, así que cuando quieras podemos ir.

El auto al ritmo con el tráfico, circulaba despacio entre de las densas calles. Las esquinas, algunos comercios o confiterías conocidas le llevaban a una cartelera de recuerdos sin fin, todos juntos en su mente; una serie de testimonios pasados que iban cayendo de a poco como confetis.

Se encaminaron por la calle Santa Fe, que tantas veces recorrió con los ojos cerrados tirado sobre aquella tierra rojiza que acababa de dejar debajo de las estrellas.

Descendieron la amplia rampa del garaje y Tomás estacionó en el lugar habitual. Bajaron en silencio... "Este hermano", pensó Zelo, "el más callado, el más respetuoso con todos, manteniendo siempre el equilibrio... No me ha dicho una sola palabra, me conoce tanto a pesar de todo, hasta de la distancia..." Y agregó en voz alta:

-Gracias Tomás.

Él, que estaba cerrando el coche, lo miró con sorpresa.

-¿Por qué?

-Siempre has sabido lo que necesitaba...

Tomás disimuló con un gesto y con un nudo en la garganta subieron al ascensor. Por fin pudo articular:

-¿Estás nervioso?

-Sí, mucho... como si fuera a dar un examen.

Entraron a la sala de espera vacía; la puerta del consultorio permanecía cerrada. Tomás se dirigió inquieto hacia ella, tocó con suavidad, la abrió y a media voz, llamó:

-Papá...

El padre no estaba en el escritorio como tantas veces, lo descubrió sentado en el sillón negro de cuero cerca de la ventana; miró hacia atrás y le hizo una señal a Zelo que parecía un niño asustado a punto de ser regañado por el director.

Entró... lo miró; se miraron... Ninguna palabra podría reemplazar el mensaje del eterno dilema entre generaciones. Era el encuentro con mayúscula después de tantos desencuentros.

Tomás, tan quieto como ellos, sólo atinaba a no desencajar en la escena. Al fin el padre se levantó, abrió los brazos y Zelo, flotando entre el mareo físico y espiritual se dejó encerrar en el abrazo. Cuánto mundo, cuánto golpe necesitó para comprender lo auténtico.

El tiempo perdió su dimensión y el espacio se limitaba a dos cuerpos sedientos de comunicación y perdón.

Ya más repuestos, el padre lo observó con una mirada entre médica y fraternal:

-A pesar de los comentarios de Tomás, no tuve tiempo a imaginarte tan deshecho, hijo.

Zelo sólo atinaba a mirarlo y a reafirmar su argumento.

-¿Te han reconocido...? ¿Tienes aunque sea una pista?

-Sí papá,- respondió entrecortado- me han estudiado bastante; pistas, ni hablar. Va para largo supongo.

-¿Qué sientes? ¿Cómo te sientes?

-Me siento como un cadáver todavía consciente.

Observó, al terminar la frase, que su padre volvía a amoldarse a la realidad, que faltaba poco para que reaccionara como antes de irse y ahora no lo lamentó, se sintió entusiasmado y contento.

-¿Tienes necesidad de sentirte víctima de tu estado?

Tomás se revolvió inquieto en el sillón previendo lo que siempre fue inevitable. Se levantó y tratando de pasar inadvertido, salió del consultorio.

-¿Aprovecharás esta ocasión,- siguió el padre- para lamentarte a gusto del destino e incluso poder seguir echándome la culpa como lo hacías en el pasado? Dime ¿Te empujé yo a ese querer demostrarte que valías por ti mismo, que no necesitabas mi imagen, que debías romper las barreras a costa de lo que fuera, tal vez de tu propia vida? Zelo, no puedo permitir que sigas pensando eso, tampoco puedo permitirme a mí mismo esa idea.

Zelo lo miraba con ternura:

-Papá... Ya ni sé lo que pienso. Al principio, en los primeros meses, cada trabajo que acometía, cuanto más duro y difícil era, más me satisfacía pensando en ti: "*Qué diría papá si me viera*", esa era una frase que me

perseguía sin comprender por qué. Pero el hecho de tener que vivir desnudo en lo inhóspito, de arreglármelas como pudiera para sobrevivir, me fue alejando del leitmotiv inicial y he experimentado tanta soledad que el quejarme o sentirme víctima sería como gritar: *¡Necesito a alguien! ¡Quiero que me protejan, que me cuiden! ¡Quiero que me amen! ¡Estoy enfermo y no quiero estarlo!* Pero como te vas haciendo tan rudimentario, terminas sin saber expresarlo en su justa medida.

El padre se levantó y dándole la espalda a la emoción, se acercó a la ventana; miró hacia la ciudad iluminada que se extendía hasta el horizonte oscuro sin prestarle atención. Cuando se dio vuelta, Zelo encontró sus ojos llenos de lágrimas.

Tomás, sentado en El Molino, se aferraba a un vaso de whisky; no sabía cómo terminaría el encuentro, pero en el fondo estaba seguro que sería el definitivo.

Cuando volvió a entrar en el consultorio, Zelo se estaba vistiendo:

-Eh, dónde te metiste viajante,- exclamó divertido.- Papá acaba de hacerme un reconocimiento, no queda ni una célula que le haya pasado desapercibida y gracias al espíritu hipocrático, sigue manteniendo la fe ¡Qué me contás!

El padre, que salía del baño, mientras se secaba las manos como si hubiese terminado de operar, objetó:

-Bien, ahora fuera de bromas; tenemos que pensar qué hacemos con respecto a la abuela. Pienso que sería conveniente hijo que esta noche te quedaras en el hotel, una idea que no gustará a ninguno, pero que nos dará tiempo para prepararla.

Zelo acogió la proposición como la más adecuada, no así Tomás que deseaba que su hermano estuviera ya en casa.

Salieron los tres, dejando atrás el consultorio cálido y mientras el padre apagaba las luces, Zelo recorrió como una cámara cada rincón; se paró en la foto tan familiar y allí encontró, muy juntos a una hermosa y distinguida dama, a un muchacho que sonreía feliz y seguro, rodeado por dos jóvenes que lo abrazaban.

#### IV

Había estacionado a dos cuadras de la casa; el sol de julio la reconfortaba, sentía la tibieza en la espalda. Compró frutas y verduras para el almuerzo.

Ninfa, que había cerrado la librería, le hizo señas desde la puerta acristalada. Entró feliz.

-Ya tengo el libro que me habías pedido ¿Lo querés llevar?

-Claro que sí; qué rápido.- Contestó eufórica Selene.

Mientras hervía el agua y picaba las verduras, le sorprendió la voz de su madre desde el contestador: *“Nena, nunca estás en casa y sabés que no me gusta hablarte a través de esta cosa... Vení lo antes que puedas, no te preocupés estoy bien pero necesito hablarte...”* Selene sonrió pero se sintió incómoda; *Qué querrá*. Tenía pensado ir el domingo.

-Hola, ¿Nino? Esta tarde quería ir a casa de mi madre, me llamó y ya sabés... ¿tenías pensado algo especial además de lo que comentamos ayer?

-No princesa, no te preocupés, vamos a ensayar con Los Aztecas, podés ir no más.

-Genial, cuando mi madre se pone así esperar cuatro días le significan una eternidad. Chao Nino

-Chao linda, cuidate.

Se sentó como siempre al lado de la ventanilla derecha. Nunca iba en coche, tenía miedo del Fitito, bastante viejo ya. El tren se puso en marcha, dejando atrás los edificios cada vez más aislados a medida que se alejaba de Buenos Aires y gradualmente, los barrios, las casas y el campo se adueñaban de la vista.

Se dejó ir con los ojos clavados en la amplitud verde y azul, postergando el libro abierto entre las manos.

Un poco antes de llegar, guardó el libro y se dirigió, haciendo equilibrio, hasta la salida. El tren fue disminuyendo la velocidad y a través de la puerta pasó fugazmente el letrero Quilmes de la estación.

Cuando se aproximaba a la casa, Chicha y Coca que olisqueaban en el jardín comenzaron a ladrar; las llamó y el recibimiento fue apoteósico como siempre.

Se encaminó hasta el porche acompañada con los saltos acrobáticos de ambas y abrió la puerta mientras exclamaba “¡Mamá...!”

Un delicioso olor a torta recién horneada invadía la cocina; ni rastro de la madre: Fue hasta el comedor, encontró la mesa ornamentada con flores y dispuesto ya todo para el té. Mientras se sacaba el abrigo oyó la voz de su madre: “Sí, sí, *Chicha*, ya estoy aquí...” y al ver a Selene:

-¡Hija, por fin! Fui a buscar limones atrás para el té.- La besó sin que le pasara desapercibido cualquier pequeño cambio y siguió:- ¡Qué lástima, se han caído tantos...! ¿Cómo estás querida? Te noto bastante cansada; no me hace gracia que estés trabajando todo el día, para colmo ese espectáculo... ¿A qué hora te vas a dormir?

Selene se sentó sin responder; doña Rosa desapareció y regresó con la torta de manzana

-Pensé que me llamarías ayer, estuve esperando y nada.

Decía esto mientras cortaba la torta y la servía. Selene observaba atenta la acción para escapar de las preguntas; Coca y Chicha se colocaron a ambos lados de la silla dispuestas ya a participar de la merienda.

-¿Por qué tenés que vivir tan lejos?

-Oh mamá, otra vez no; ya lo hablamos... Ahora me gustaría saber qué es lo que tanto te preocupa que no puede esperar al domingo.

-Siempre igual, vos y yo nunca podemos hablar con tranquilidad, en paz. Se trata de tu hermana.

Se calló como si le fuera difícil explicarlo.

-¿Marta...? ¿Qué pasó ahora con ella?

-Ya te cuento pero vos comé, apenas has probado media porción. Vino el lunes con los nenes, si vieras qué grande está la bebida; los hombres no tienen dignidad, ven otra mujer y...

Selene la miró, después de repartir los respectivos bocados a las perras, como pidiéndole más claridad.

-Sí, no me mirés de esa forma; Raúl se fue, así de fácil. Tu hermana lloró; me dijo que lo quiere tanto y nada más... Intenté que se quedara esa noche.

-Ay mamá... Bueno y yo qué.

-¡Vos qué...! Es tu hermana por si se te había olvidado.

-Muy bien, pero aparte de lo que le ofreciste ¿Puede saberse qué se supone que haga yo en todo esto?

-Selene, tu egoísmo me confunde; no olvides que siempre hemos estado las tres solas...

-Mamá, no empecemos.

-Ya sé, has olvidado los compromisos, nuestra unión. Sólo quiero que hables con tu hermana y con Raúl, él siempre fue muy amigo tuyo; que lo hagas reflexionar, hay que pensar en los nenes.

-¿Cómo? No puedo hacer eso; si Marta o Raúl me llamaran, sería otra cosa. Es su vida mamá... Si necesitara tu ayuda y protección ya la hubiese aceptado.

-Claro que la necesita, pero es muy orgullosa.

-¿Estás segura?

-¿Qué estás intentando decirme?

-¿Y vos qué pretendés hacer?

Doña Rosa se levantó, buscaba tiempo, argumentos; encendió las luces, eran casi las seis, prendió la estufa de gas que imitaba una chimenea:

-No hay caso, nunca nos pondremos de acuerdo. He querido mantener la familia unida, sin conflictos; ahora recibo este golpe y a nadie le importa, ni a mi propia hija.

-Ese es el problema mamá, el golpe lo recibió Marta, es su asunto; no sos Dios para arreglar todos los conflictos. Deberías apoyarla para que pueda resolverlos por sí misma, aceptando su decisión...

Sabía que podía estar toda la noche hablando sobre esto con su madre y no cambiaría de idea. Le parecía todo tan inútil. Total si Raúl se iba definitivamente, Marta terminaría viviendo con ella, siempre ganaba en ese terreno. En el fondo insistía para no perder sus convicciones; curioso, nada más que por eso.

Fue caminando hasta la estación viendo cómo salía vapor de su boca cuando la abría a propósito y trataba de acelerar el paso para combatir el frío.

## V

-Esta noche me quedo con vos en el hotel. No tenés que hablar si no querés, sólo deseo que estemos juntos; papá se encargará muy bien de hablar con la abuela y Eli ¿Te parece?

Tomás no sólo insistió con las palabras, toda su cara era un gesto interrogativo. Zelo que volvió a mirarlo desde el pasado:

-Ves, otro error que cometí...

-¿Cuál?- Preguntó Tomás con temor.

-No haberte llevado conmigo; tu sentido común, tu deseo de protegerme igual que en el colegio o en la calle contra los demás.

Tomás lo miró muy serio y Zelo rió con ganas pasando su brazo alrededor de él y empujándolo hasta el ascensor.

-¡Eh hermanito! Son las nueve y media... ¡Arriba!

Tomás abrió los ojos sin ganas

-¡Qué? ¿Qué hora es?

-Qué más da, qué importa hoy la hora

Cuando se decidió Tomás a dejar los ojos abiertos, Zelo ya estaba impecablemente vestido. Se levantó despacio mientras el hermano hablaba desde el baño, retocando el pelo algo largo y todavía brillante.

-Papá quedó en llamar a las diez. Voy a bajar, de paso pido el desayuno; los nervios no me dejan pensar.

Tomás lo miró a través del espejo

-Está bien, tranquilo.

-¿Sabés cuándo me gustaría ver a la abuela? A las cinco, nuestra hora mágica; así la llamábamos ¿Se acordará?

-Claro...

Tomás sentía que se le comprimía el estómago de sólo imaginar todo lo que quedaba por suceder y apenas sosteniendo la voz:

-Ella pensará lo mismo...

-Sí, seguro. Bien Tomasito, no tardés.

-No te preocupés.

Cuando se cerró la puerta y volvió a estar solo, la idea de que se trataba de una pesadilla no lo convenció. Entró en la bañera y se duchó con agua fría, helada, "*Si es un sueño, esto me despertará*", pensó para defenderse.

Casi las diez, bajó y allí en la cafetería, cerca del teléfono, encontró a Zelo meditativo, aislado.

Cuando se sentó a su lado:

-Pedí un café con leche ¿Querés lo mismo?

-Me vendría mejor un whisky doble,- dijo en broma,- pero es muy temprano.

Desde la barra se oyó:

-Un momento... ¡Sr. Gurmendi!

Zelo, sosteniendo con trabajo el auricular:

-Sí... sí papá... ¿Cómo se portó la viejita? ¿Sí? ¿En serio? ¡Lo sabía! Ella también... Sí, no te preocupes.

Regresó a la mesa levitando. Tomás que no se perdió ni una palabra, creyó entender qué quería la abuela.

-¿A la hora mágica...?

El barrio... Ya casi había olvidado lo hermoso que era, con las calles amplias, tranquilas, rodeadas de grandes arboledas; un pequeño paraíso. Llegaron al portón de madera, allí estaba Bobi esperándolos inquieto. Cuando se acercó a la ventanilla, saludó tímidamente a Zelo, pero él que lo conocía bastante notó la emoción en ese viejo callado y respetuoso siempre que sólo gruñía con las hormigas.

Cuando penetraron por el camino hasta la casa, observó que nada había cambiado; los mismos árboles haciendo juego con los distintos arbustos

cortados artísticamente por Bobi. Tomás estacionó el coche en la entrada; miró hacia la escalera y arriba, cerca de la puerta estaba su padre muy erguido.

-Bienvenido a casa hijo.- Volvieron a abrazarse intensamente- Néstor tuvo que llevar a Eli a dar una vuelta, estaba tan nerviosa y excitada que no queríamos que inquietara más a la abuela.

Zelo miró hacia adentro divisó una figura semi escondida que lo observaba

-¡María...!- corrió hacia ella.

-¡Querido mío!- Lo único que atinó a decir ella al sentir el cuerpo de ese muchacho suyo que se oprimió con fuerza.

Repuesta de la emoción:

-Digan lo que digan, para mí seguís estando muy lindo, no hay más que ver esos ojos preciosos de siempre, tu carita de bueno...- Se aferró a él con fuerza como si quisiera expresar que ya no se lo quitarían más.

Tomás y Bobi habían subido el equipaje.

-Y ahora Zelo ¿Querés reponerte un poco? ¿Tomar algo?- Sugirió el padre.

-Te voy a contestar como lo hizo Tomás a la mañana, me tomaría un whisky doble, pero es muy temprano.

Se dio cuenta que se acercaba el momento. Cuántas veces contó los pasos hacia su habitación. No podía dominar el corazón que se agitaba con tal fuerza como si sólo él quisiera ir a su encuentro.

Se apoyó más en María y su padre, no le respondían muy bien las piernas, esas que en sueños estaban siempre dispuestas a correr.

La gran puerta de roble... Silencio. El padre llamó; se sentía desfallecer, como si fuera a escurrirse en los brazos de María. No, debía ser fuerte; no podía fallar en ese instante. María comprendió como lo hacía desde pequeño y entró con él detrás del padre, sosteniéndolo con energía e infundiéndole coraje.

No oyó siquiera lo que estaba murmurando su padre en ese momento. Miró hacia el interior y una hermosa viejita, iluminada por los últimos rayos del sol, se clavó en sus ojos. Ya no había nada en el mundo que le pudiera llamar más la atención. María seguía sosteniéndolo hasta llegar al majestuoso imán de sentimiento que lo atraía hacia una silla de ruedas.

Las lágrimas borraron lo que tanto amaba, pero el alma permanecía abierta cuando se arrodilló ante ella, sintiéndola como un enorme sol que le devolvía la vida.

El padre le hizo una seña a María que permanecía paralizada .

Se quedaron los dos solos... sin moverse, como si estuvieran trasvasando el amor de siglos. El viejo reloj marcaba un ritmo que en ese momento no compartían ninguno de los dos.

La habitación se iba oscureciendo de a poco; el atardecer dibujaba los tenues perfiles, quietos... mirándose insistentemente. La abuela pasó su fina y delgada mano por esa cara de niño, de joven, de hombre y leyó en ella como un ciego, cada huella de tiempo, de ausencia. Zelo no se movía... Todo el miedo y la incertidumbre habían cesado y lo invadía una calma absoluta. No importaba ya el futuro, acababa de lograr lo que dejó una vez y buscó luego con desesperación.

Y al fin su voz:

-Sabía que Zelo Gurmendi iba a regresar; sólo tenía una pregunta ¿Cómo? En todos estos años no he hecho más que seguirte por todas partes. Entendí tu infierno; me acusé por haberte dejado partir y tan solo... Pero ¿Era justo que a alguien que deseaba volar tanto como tú lo encerrara en mí? Quise oírte a ti no a mi corazón que parloteaba aquí dentro el egoísmo y estaba segura, soñaba con un atardecer próximo o lejano, dependía de ti, en que el más maravilloso muchacho se acercaría a esta vieja tonta que no quiso retenerlo, para vivir o para morir.

Zelo se acurrucó más. Sólo llegaba hasta ellos el resplandor de los faroles del jardín y el fuego de la chimenea los transformaba en una estatua animada con las distintas intensidades del rojo.

-Te amo hijo. No importa nada más... El resto seguirá andando, no sabemos cómo. Oh, mi Zelito... ¿Qué he hecho? ¿Por qué no te retuve?

Zelo agarró el pañuelo que ella apretaba con fuerza, lo pasó con suavidad por sus mejillas empapadas de lágrimas y entrelazó sus manos livianas con las suyas.

-Abuela... Yo también te amo y me siento egoísta por presentarme así ante ti...

Silencio... Sólo los troncos hablaban mientras el fuego los consumía.

-Nadie tiene la culpa, no existe la culpa abuela. Es la vida y ella, nada más que ella, es la que nos lleva...

Se calló, entonces la abuela:

-Y tuviste que nadar como el salmón, río arriba y las piedras, los obstáculos, los depredadores te ha hecho llegar aquí, hoy, en ese estado...

Zelo continuó, como lo hacían todos juntos en el pasado con sus hermanos también, jugando a hacer cuentos o poemas:

-Lo único que sabía es que debía llegar aquí, hoy, al principio, al origen...

Y la abuela:

-Para que nazca...

Y Zelo:

-La fe de la especie.

El llanto y la conmoción se transformaron de golpe en una enorme alegría y felicidad; mirándose, riendo, compartiendo emoción.

Ninguno atinó a encender las luces. Zelo pedía al tiempo que se parara allí; no deseaba ya moverse ni hablar, sólo seguir sintiendo.

Tocaron a la puerta con suavidad; la abuela con una sonrisa:

-Seguro que es María, no puede resistir más. Tu padre estará en su estudio dando vueltas y más vueltas, sin parar; pero es tan poco demostrativo... – Y a continuación exclamó:- ¡Adelante!

-Oh, qué oscuridad ¿Enciendo las luces?- preguntó sorprendida sin dejar de observarlos.

-No, - respondió la abuela mirando a Zelo a media luz- está bien así María

-Traigo un té de naranja que tanto te gustaba Zelito; no puse nada para comer porque ya es casi la hora de la cena.

Dejó la bandeja en la pequeña mesa de té que acercó y encendió la lámpara con luz tenue.

-¿La cena ya?- preguntó la abuela extrañada

-Claro Doña Aurora, son más de las ocho.- y dirigiéndose a Zelo,- verás lo que te preparó Yole; sorpresa, sorpresa. Y vayan terminando ya con los secretitos...

Salió contenta, se había superado al fin lo que la asustaba desde que se enteró.

La abuela que volvió a sonreír:

-No ha cambiado nada ¿Verdad? Me pregunto de dónde sacará tanta vitalidad.

-Está maravillosa, - afirmó Zelo y mirando la silla de ruedas,- lo que no entiendo es qué significa esto, abuela.

-Ah, no le des importancia, cosas de tu padre. Tuve hace dos años una mala temporada... los huesos, la artritis y como me costaba caminar, tu padre trajo esta silla de ruedas con motor, sólo tengo que conducirla con esta palanquita ¿Ves? Me dijo muy serio ¿Te lo imaginas?: *“Esto no significa que estés inválida, mamá; te la traje para que no dejes de participar en nada. Quedarte en la cama envejece...”* Y todo eso lo dijo muy serio y convencido, eh; yo tenía 74 años y mi hijo me trajo una silla de ruedas para no envejecer. Pero ya verás que no es nada, no te salvarás de bailar el vals como en los viejos tiempos ¿Me lo prometes?

-Te lo prometo y tienes razón, papá delira...

Se rieron y se quedaron ambos enlazados hasta que María dio la contraseña.

## VI

Braulio entró apurado a la cafetería del centro. Buscó a Osvaldo que le hizo señas desde una mesa cerca de la ventana.

-Hola viejo ¿Cómo estás? Tuve que venir caminando, el tránsito está endiablado; cómo es posible que llegués antes caminando que en auto.

-A mí me pasó lo mismo; - prosiguió Osvaldo- ¿Qué vas a tomar?

-Un café y tostadas con manteca y mermelada, tengo un hambre; hoy todo el mundo estaba apurado, no tuve tiempo ni de almorzar.

-Los jueves, parece que todos se ponen de acuerdo; como los lunes se padece de sonambulismo y los viernes de euforia por el fin de semana, decidimos trabajar los martes, miércoles y jueves y claro, si alguno empieza más tarde a reaccionar, las consecuencias se notan los jueves.

-Ja, qué filósofo estás hoy ¿Diseñando un nuevo edificio por casualidad?

-Eh pará... que sea arquitecto no significa que no pueda ser un filósofo genial, en Buenos Aires quién no lo es.

-Yo, seguro; termino con tantas cifras en la cabeza que creo que ya no cabe ninguna palabra y menos aún algún pensamiento. Bueno y ahora contame qué intentabas decirme por teléfono; no me lo creo, llegó Zelo... Pero contame bien, no como esta mañana.- Rogó Braulio.

-Bien,- siguió Osvaldo,- Tomás no sabía cómo empezar; cuando me lo dijo me puse a saltar de alegría pero me advirtió que había cambiado bastante...

-Y lógico, son unos cuantos años,- dijo esto recalcando "cuantos"- todos hemos cambiado.

-Claro, pero él se ha degradado; está... está muy enfermo.

Osvaldo se quedó pensativo y el amigo preguntó:

-¿Qué tiene?

-Algo de momento difícil de saber o como me dijo Tomás, difícil de entender. Yo creo que es muy pronto todavía. Tenemos que darle tiempo.

-¿Pero es tan grave?

-No lo sé Brulio, tanto no pudimos hablar.

-¿Y puede saberse dónde estuvo después que salió de Misiones? ¿Podía haber escrito, no? En el fondo no puedo entender por qué tanto misterio; qué quería probar al desaparecer así. En Misiones no lo pasaba muy bien, pero parecía contento o al menos comunicativo.

-Eso no lo sabremos hasta que él mismo lo explique, si es que lo hace...- agregó Osvaldo algo más comprensivo.- Me dijo si queremos ir el sábado a charlar como antes. Zelo desea vernos y preguntó por nosotros; anoche en la cena, recordaron las anécdotas de cuando estábamos todos juntos.

-Por mí sí,- aceptó Brulio- Le aviso a Mabel, seguro que se queda en casa de la madre hasta el domingo.

-¿Y qué tal mi ahijada?- Preguntó Osvaldo

-Supongo que los apadrinajes crean maleficios... Se va pareciendo a vos, le gusta hasta ser delantero centro, el puesto tuyo...

-¿Juega al fútbol?

-Claro, aunque los chicos no la dejan, ella entra igual.

-Con los pibes... Eso me recuerda a Eli; en cuántos líos se metió Tomás por ser ella tan cabezota.

-¡Qué lindos aquellos tiempos! Todos juntos, sin problemas; nos peleábamos y al otro día nada. Por eso no entiendo a Zelo; qué podía faltarle... Éramos *uno* y lo seguimos siendo con esto:- se señaló el pecho- ¿O es que hemos tenido algo mejor acaso?

Oswaldo miró hacia la calle, la gente corría, parecían robots programados para algo indefinido; como si hubiesen sido abandonados en la calle después de una misión importante y que cuando se quedaron sin motivos, no podían parar porque sus circuitos no se lo permitían... Y respondió:

-¿Lo sabíamos Braulio?

## VII

La mañana conmocionaba el extenso jardín inundándolo de cantos y murmullos y los gorriones piaban saltando y volando entre los árboles. Zelo caminaba despacio dejándose llevar por la música; vio a los teros debajo de los eucaliptos con sus largas y flacas patas danzando como sílfides. Llegó al jardín de invierno que el padre había hecho construir cuando él tenía ocho años; allí estaban las azaleas de Bobi como testimonio del milagro humano. El sol mantenía la tibieza; se acercó a la mesa y se sentó en el asiento que la rodeaba. Rozó con los dedos el corazón que Eli había dibujado en ella cuando empezaron sus romances.

Se abandonó a los recuerdos y volvió a escuchar las voces de antes... alegres y divertidas unas, otras angustiadas o dubitativas. La chica que llevó en su primer amor furtivo, cuando temblando como un flan le propuso lo que ni siquiera sabía hacer.

Miró el cielo a través del techo de cristal... Cuántos momentos, este jardín había sido su torre de marfil; cuántos sueños solitarios se gestaron en él...

-Zelo... ¿Interrumpo algo?

Era Eli que había seguido sus pasos desde lejos.

-No querida mía. Decime ¿Cuándo lo has hecho?

Entró y se sentó junto a él poniendo su mano sobre la de Zelo que aún seguía palpando el corazón dibujado y bajando la cabeza:

-Quería pedirte perdón por lo de ayer; papá había trazado un plan para que no te excitaras y la abuela...

-Eli sabés que entre nosotros no existen las disculpas.- Replicó Zelo

-Sí, ya sé;- insistió- pero no te imaginás cuánto deseaba estar ahí, ser la primera en abrazarte...

-Pequeña, lo hicimos... La cena de anoche fue como un inesperado y ansiado regalo; como un imposible hecho realidad: otra vez sentados todos juntos... Por favor Eli, pellizcame ¿Esto es verdadero o lo estoy soñando?

Eli lo miró traviesa

-Para qué me lo preguntás, si fuera un sueño te respondería igual que es realidad.

-Jajaja, tenés razón.

Zelo la miró a los ojos:

-Dejaste el hospital...

-Sí, pero no es definitivo. Sería algo así como un intervalo.

-¿Un intervalo? Y mientras tanto qué; la medicina crece en dinamismo minuto a minuto, si te parás ella sigue hasta que sin darte cuenta te vas quedando atrás.

-Lo sé Zelo, lo sé. Pero...

Zelo la observó tratando de desentrañar qué motivo la tenía tan confundida y se conmovió cuando creyó ver en ella a aquel Zelo buscando pasajes en su mente.

-Eli, no pienses tanto... Si deseás descubrir algo, buscá primero en lo que te rodea; acordate de aquellos que se perdieron en tantas tierras desconocidas por haber ignorado lo propio. No existen los paraísos perdidos sino en nuestra imaginación. La felicidad no depende de la geografía...

Eli preguntó:

-¿Fue eso lo que te pasó? ¿Saliste a buscar el maná y te diste cuenta que lo habías tenido siempre a tu lado?

-Puede ser...

Los pájaros volvieron al primer plano cuando Eli decidió no agregar nada más. Permanecían pensativos, sumergidos en un cúmulo de suposiciones, hasta que Eli encontró un nuevo hilo de conexión:

-Abuela guarda tus cartas de Misiones como si fueran piezas de colección ¿Te lo dijo?

-No,- contestó Zelo reaccionando del breve letargo,- pero conociéndola me imagino.

-El mayor problema era no poder seguirte. Cuatro cartas...

-Es que no pude escribir más.- Siguió Zelo- Eli, te lo aseguro, te quedás sin voluntad para seguir una doble vida o, cómo podría decirte... dudás si lo anterior era verdad... No sé, es muy complicado explicarlo, sobre todo ahora que...

-Sí Zelo, creo entenderlo o al menos intuirlo; no quiero confundirte más. Si supieras, lo daría todo para que estuvieras bien, satisfecho, tranquilo. Cuánto tiempo de impotencia...

-Lo sé mi vida...

-Entonces, tenés que explicarme, tengo que saber para poder ayudarte. Las frases, las metáforas sólo son una parte de tu estado, pero dónde está lo demás... Las cartas de Misiones cuentan una vida complicada, sí, pero una vida. Por lo que veo, mi pronóstico no es nada satisfactorio y me pregunto qué ha provocado eso, pero no encuentro ninguna respuesta.

Zelo tomó las manos heladas de Eli y miró hacia el corazón de la mesa como si fuera un escudo...

## VIII

-En Misiones teníamos un hospitalito en condiciones infrahumanas, el porcentaje de carencias no es necesario que te lo diga, lo sabés de sobra. Estuvimos batallando no sólo con bacterias y virus sino con las promesas de Sanidad. Lo típico, corriendo tras las vacunas que no llegaban, medicamentos, instrumental. Tuve la oportunidad de conocer a Auman, el curandero indio; los médicos pudimos ir mezclando la poca ciencia de que disponíamos con sus hierbas y rezados.

Nunca olvidaré... al poco tiempo de llegar, iba hacia mi casucha y cuando pasaba por la escuela, los chicos me gritaron: "*Eh doctor, mire...*". Me llevaron hasta el ínfimo baño de madera y cuando miré hacia fondo del pozo que hacía de depósito, vi dos serpientes enroscadas muy tranquilas. Mis ojos iban de las serpientes a los chicos... "*Serpientes en el baño de la escuela; estoy en otro mundo... que no se te olvide nunca*", pensé y a partir de ahí supe que si quería hacer algo, tenía que ser con lo que me daba el propio lugar o abandonar ya... El resto no hace falta que te lo relate ahora; en esencia no se trataba sino de rutina, con anécdotas que podrían ser increíbles aquí, pero que allí eran sucesos cotidianos.

Pasaba el tiempo y al igual que si estuviera en cualquier hospital del mundo, me dejaba empujar por el trabajo, por los casos. La selva iba formando ya parte de mí sin darme cuenta.

Un día llegaron cuatro médicos brasileños ¿Te acordás de Luisiño Bello? Era de mi promoción, creo que vino unas tres veces a casa cuando estudiábamos.

-Ya, aquel grandote que parecía un caballero dorado... Claro, quién se olvidaría de él.- respondió Eli tratando de dar algo de superficialidad.

-En ese equipo estaba también una ginecóloga, Daila, una mujer fuerte y muy capaz. Realizaban hacía tres meses contactos con médicos en zonas aisladas.

Una noche de grapa y mosquitos cerca del río, Luisiño comenzó a contar el propósito del grupo; se habían enterado que unos cuantos médicos norteamericanos y europeos, movidos vaya a saber por qué, viajaban a pequeños pueblos africanos completamente desconocidos; algunos llevaban algunos años allí. La idea los entusiasmó hasta tal extremo que resolvieron hacer lo mismo. "*¿Para qué?*" Le pregunté "*Si están ellos...*".

El interés del grupo era trabajar en conjunto y aprender todo lo que pudieran. Esa noche no lo tenía todo claro "*¿Aprender qué?*" Fue mi interrogación, "*Si lo que nos hace falta son los medios no los conocimientos ¿Y en África la situación es diferente acaso a la nuestra?*". Él estaba convencido de que

significaría una gran experiencia para todos. *“Vení con nosotros, insistió, luego cuando regresés notarás la diferencia.”* No sé si fue la grapa, la noche que enlazó un sitio con otro...

Se calló. Eli se debatía entre el respeto a su silencio y el deseo de que su hermano no siguiera callando.

-... A los pocos días,- prosiguió- tenía todo dispuesto para partir. Cuando llegamos a Lagos, el destino final era Rueri, un misterioso poblado, tan desconocido para nosotros como para el resto del mundo. Dos aviones cada vez más pequeños y viejos y unos cuantos vehículos colectivos que no podría incluirlos dentro de los que conocía, nos llevaron a un paraje entre polvoriento y selvático. *“La selva me sigue llamando”*, me dije a mí mismo tratando de restarle importancia a la miseria; eso pensé, pero ¿Miseria? No, era otra cosa, había viajado en el tiempo y quise dejar muy clara la diferencia. Después de todo Luisiño tendría razón, iba a ser un médico actuando en siglos anteriores. Increíble, partimos con unos conocimientos que para el mundo en el que acabábamos de aterrizar eran mágicos. Sí Eli, todavía quedan lugares así o apenas quedan... El poblado aislado y al mismo tiempo cercano y conocedor de lo que llamamos “civilización”, estaba compuesto por cientos de chozas, no tan endebles como en otros sitios porque las lluvias torrenciales en determinadas épocas y el terreno desigual podían deshacerlas como una crema. Por supuesto, los árboles también conocían este inconveniente y crecían fuertes y robustos, con unas raíces tan poderosas que los rueríes construían con ellas los cimientos y los entramados del techo. Por supuesto tenían una enorme connotación religiosa y el respeto y veneración por estos árboles llamados Ahme Rueri (Alma de Rueri) los llevaba a una serie de rituales que comenzaban cuando el árbol, ya viejo, decidía entregar su vida para ofrecer sus pies y su cabeza. Las chozas eran por eso, además del hogar, el centro donde una familia encontraba la paz y la felicidad que el árbol en cuestión había decidido darle.

Ahí me encontraba yo... ¿Qué estaba haciendo?

-Zelo, pero es hermoso, un mundo encantado.- Exclamó Eli impresionada.

-Eso pensé.- Replicó- Y como te dije antes, cuánto iba a saber. Vino a dar con nosotros un negro formidable, con un magnífico estado, me extrañó. Había trabajado en distintos lugares de Europa y hablaba, además de los dialectos africanos, inglés, francés y español. Pensé que el grupo de Luisiño no había perdido el tiempo y sus contactos oficiales comenzaban a responder, pero se me hacía cada vez más confusa la idea de qué hacía Ari, el intérprete, en ese lugar. Había nacido en Rueri, ya joven viajó hasta otro poblado mayor y desde allí dio el gran salto a Europa cuando ésta todavía los miraba con curiosidad. Comenzaron los malos tiempos y Ari se volcó a la política africana, más bien en

plan idealista; volvió a su país y en esos momentos, cuando lo vimos por primera vez, hacía de enlace entre distintos pueblos cercanos a Rueri.

Pasamos un mes estudiando todo lo que nos rodeaba, empapándonos de costumbres, salud, idioma. Durmiendo en la choza... lo más curioso es que no hay nada comparado con la fragancia que se respira en el interior y llegás a entender la profundidad de sus creencias. No teníamos tiempo ni elementos para estudiar a fondo los árboles; Roberto, otro de los médicos brasileños, estaba seguro que esa paz y felicidad que aseveraba su religión eran producidas por elementos alucinógenos de la raíz.

En un principio consideramos la idea de construir, si el jefe de la tribu nos permitía, una especie de choza hospital, pero ¿Para qué? El orden natural, el respeto y el equilibrio que este pueblo mantenía con lo que le rodeaba, no sólo le bastaba para subsistir en un sentido lógico sino que nosotros sólo serviríamos para romper dicha armonía. De qué valían nuestra experiencia y conocimientos si apenas podíamos aplicarlos en un ambiente que no conocíamos y no nos necesitaba.

Después de investigar y estudiar las costumbres sanitarias con el mago-hechicero-sanador, por cierto, increíblemente útiles, fuimos conscientes de que carecíamos de valor: cinco médicos deambulando, preguntando y ¿Qué más? Teníamos que encontrar otro destino; entonces pedimos hablar con el Buru Dek, el jefe, que al segundo día de llegar nos había recibido con calidez. No eran proclives a grandes ceremonias con excesivos bailes rituales, más bien se trataba de un pueblo tranquilo, silencioso y trabajador.

-Eso sí parece un paraíso perdido,- exclamó Eli ante la pausa de su hermano-me dijiste, si no entendí mal, que no existían.

-No, pienso que no existen los paraísos creados por nuestro cerebro; que cuando creés que has encontrado uno, dejás de valorarlo al poco tiempo como tal. Pero sí existen paraísos por sí mismos; para mí serían aquellos lugares que mantienen la armonía, algo así como donde la voz humana canta al unísono la melodía de la naturaleza.

-¿Y...? ¿Hablaron con el jefe?- preguntó Eli para que no se cortara la historia.

-Una mañana, Ari nos llevó a su choza, tan acogedora como las demás, pero detrás del jefe ruerí se desplegaba una gran imagen tallada en la mágica madera: un hombre negro, más o menos joven, muy delgado, sentado con las largas y finas piernas encogidas y algo desplegadas hacia los lados, debajo del árbol ruerí, con el brazo izquierdo flexionado hacia arriba y en la mano una rama con una hoja. Esa era la imagen que veneraban, el hombre representando al pueblo y el árbol protegiéndolo; simple y bonito ¿Verdad?

-Demasiado; cómo es posible que hayan salido de allá, eso fue lo que propusieron al jefe, ¿No?- le contestó Eli.

-En cierta medida...

-¡Chicos, estaban acá!- Era María con una bandeja.

A Eli le costaba asociar la imagen de María, tan normal, tan en su mundo. Se fijó en Zelo que se dirigía a ella con naturalidad, como si lo que acabase de contar lo estuviera leyendo en un libro de aventuras y no formara parte de su propia vida hasta hacía tan poco y entendió el dominio mental que había alcanzado.

-Y digo yo, cuándo me tocará a mí,- preguntó María con una expresión cómica de deseo- tantos secretos con todos y la vieja María qué. Las habitaciones, el jardín se han convertido en lugares prohibidos, cerrados; ¿Es que no debe importarme nada?

-Marita, acaso ignorás algo- contestó Zelo mirándola con ternura.

-No sé, no sé, por la dudas tendrás que responder más adelante a unas cuantas preguntas. Y les recuerdo a los dos que almorzamos dentro de una hora. Zelo, verás como en un mes te pondré otra vez como nuevo.

Cuando salía le replicó:

-¿A qué te referís?

-A todo.- Respondió María riendo.

## IX

Entretanto, Eli bebía el zumo de frutas pensativa, tratando de retener las escenas de África y buscando algunas explicaciones, No era fácil todavía...

-¡Qué bueno el jugo!- exclamó Zelo- "píiii... píiii.." ¿Dónde estás?

Eli lo miró como perdida.

-Estoy aquí... eh-h- siguió Zelo haciéndole señas con la mano.

-Perdoname,-- se excusó ella- no me resulta tan fácil como a vos transitar por dos mundos a la vez, aunque sea con la imaginación.

-Aprendí, necesité algo de tiempo para eso, que lo único que se vive es el presente; el recuerdo del pasado no es sino leer tu propia novela, los argumentos que fuiste dejando mientras actuabas el presente.

-Pero la novela de Zelo, su pasado, va marcando su presente y sus deseos, el futuro, también dependen de ambos... Siempre terminamos filosofando como la abuela.

-Sí, ya ves, no hemos cambiado mucho.

-¿Y qué pasó con el jefe ruerí?

Después de una breve pausa, de bucear en su memoria, volvió a satisfacer el deseo de Eli.

-Nada que ya no sabíamos. Él era de complexión mucho más fuerte y grande que su Dios a pesar de ser anciano y la solemnidad de su porte parecía llenar cada objeto de la choza. Su voz pausada y musical, muy rara en los dialectos africanos, nos conmovió y en el fondo nos daba un sentimiento de desolación el tener que abandonar un lugar así y su gente.

Él, como cada habitante, fue coherente en su opinión; no quiso afirmar que nuestra estadía era absurda, pero si la idea era continuar en esta misión, no comprendida del todo por ellos, lo ideal sería elegir otro punto de África más conflictivo y relativamente conectado con la civilización. Mencionó por primera vez Bauhte; Ari nos explicó que se trataba de una ciudad, también perdida, a unos 500 km. de Rueri y parte del recorrido había que hacerlo a pie. No nos asustó el hecho de caminar teniendo en cuenta los vehículos usados con anterioridad.

Y después de un mes, otro destino...

Lo más curioso del viaje lo representaba el calzado; las hojas del Ahme son impermeables, cuando llovía el agua resbalaba sobre ellas como si no las tocaran. Un día Ari nos trajo una especie de botas de un color oscuro indefinido, todos nos quedamos sorprendidos; Roberto que fue el observador más entusiasta del árbol, exclamó: “¡Hasta los zapatos!” Y no pudo seguir por el deseo de ponérselos inmediatamente. Si hubiese ido de vacaciones, te aseguro Eli que te hubiese traído unos... Eran elaborados por las mujeres que trataban con una delicadeza sublime las hojas que iban cayendo; lograban con ellas una flexibilidad sorprendente sin modificar su esencia. Tuvimos un viaje en ciertos tramos difíciles, estas botas representaron la seguridad; a veces con risas Luisiño recalcaba: “Llevamos un Dios en los pies”. En parte sí, después de la influencia que las creencias habían ejercido sobre nosotros y además por el efecto calmante que tenían las hojas.

Ahí terminó el paraíso; lo que acabábamos de vivir no era África, había sido como un sueño, una casualidad. Aún hoy me pregunto si ese maravilloso Gulab Dek existió.

No quiero cansarte con el safari que significó llegar a Bauhte; no se diferenciaba a los que han contado otros. Cada tanto nos hallábamos delante de verdaderos palacios, rodeados de lujo y majestuosidad selvática; sus habitantes eran grandes personajes, la mayoría extranjeros. Esto me recordaba a las películas... Tropezamos también con un centro de investigación norteamericano, muy a la americana, lógico.

A medida que nos acercábamos al pueblo, el ambiente nos resultaba ya conocido, como si se hubiesen acabado las sorpresas y sabés, era muy fácil de entender: la miseria es igual en todos sitios ¿Qué cambia? ¿Quizás el paisaje, el idioma? Las costumbres se han acercado tanto de una civilización a la otra, que con decir pobreza ya las tenés catalogadas. Ari nos comentó que cuando estaba en Europa, trabajando en lo que pudiera, su sueldo era mayor que el de un ministro de su país...

-¿En dónde es mayor el sueldo que el de un ministro?

Preguntó bromeando Tomás que entraba en ese momento. Zelo lo miró divertido y con alegría:

-¡Hola hermano! ¿Dónde te habías metido?

-Pues en una oficina tratando inútilmente de superar el sueldo de un ministro ¿Era una broma ¿Verdad? ¿Existe algún lugar donde ganen tan poco?

-Sí, aunque no lo creás; claro, lo que hay que pensar es cuánto ganan las clases pobres gobernadas por ellos y en eso se equiparan al resto del mundo...

No le dio tiempo a continuar, ya entraba María:

-Te vi llegar Tomás... Chicos, a comer, las confidencias para otro momento.

-Oh no, -exclamó Eli. ¿No podemos seguir un poco más?

Zelo la levantó, la tomó por la cintura:

-Vamos protestona, es que no tenés hambre todavía.

-Tengo hambre por saber.- Replicó ella.

-Chismosa...

## X

Eran las tres de la mañana; dejó el libro sobre la mesita, revisó el despertador, apagó la luz y se acurrucó junto a Lila. Apenas se escuchaban los autos, cada vez más espaciados y se oían cada tanto los camiones que se dirigían al mercado de abasto. Dejó el grabador encendido y escuchaba la última canción que había terminado el día anterior. A pesar del coro, mucho mejor desde que Nino se pudo al fin deshacer de la gallina, su voz sonaba bien, lo reconoció:

“Te recorro

Te busco

Te llamo

No con la mirada

No con los pies

No con la voz...”

Algo más vibrante:

“Sino flotando como una nube

Inmensa y sutil

A través del infinito...”

Y casi murmurando:

“Traspasando

Por tu cuerpo y por tu alma

Apenas... Sin rozarte.”

El final con el Mi menor delicado hacia el La menor y el silencio posterior, la llevó hacia un recuerdo que no tenía; era una sensación extraña ¿A quién había escrito esa canción...? Más la intrigaba el hecho de desear que fuera para alguien. Por qué precisamente esa, hasta tal punto de no querer incluirla en el espectáculo.

Se sentía cómoda y relativamente feliz; tenía libertad, independencia económica, una madre preocupada por ella, una familia, la gatita, su trabajo en la obra... ¿Qué más? La pregunta, en lugar de tranquilizarla, la inquietaba. Había algo “dentro” que necesitaba transmitir a alguien especial ¿A quién? No encontró el personaje adecuado con los ojos cerrados en la oscuridad.

Quería a sus amigos y compartía con ellos horas fabulosas, pero no podía completar sus sentimientos. Le faltaba... El “Clic” de la grabadora la sacudió de esas ideas “de boluda”, pensó. Comenzó a relajarse y el sueño le devolvió al pensamiento la calma ¿Hasta cuándo? Esta pregunta quedó flotando en el ambiente junto a los ecos de su canción, “como una nube inmensa y sutil...”

## XI

-Querido ¿Tienes un momento? Deseaba mostrarte las piezas de más valor que guardo en mi museo particular.

Habían terminado la sobremesa tranquila y acogedora como antes. A la abuela, radiante, parecía que le habían inyectado grandes dosis de vitaminas. Zelo y ella se levantaron y empujaron al unísono la silla de ruedas vacía hasta el dormitorio de la abuela que lo habían trasladado a la planta baja para que pudiera moverse con más libertad

-Fíjate hijo, empujando entre los dos a un fantasma; estamos algo débiles, pero juntos podemos acarrear al porvenir. El problema ahora es que si uno de los dos falla no pueda seguir empujando solo... Hagamos un trato el que quede debe pedir ayuda para seguir transportando la vida con fuerza y voluntad, se lo debemos a quienes nos aman.

-Trato hecho...- Dijo Zelo mientras abría la puerta.

Ella se sentó en la silla y más segura en sus dominios, se movió con soltura hasta llegar al secreter; lo abrió y sacó unos sobres algo maltratados por el viaje, el correo y el tiempo. La abuela deshizo el lazo de seda y se los entregó.

-Esto es para mí tu pasado sin ti, una reliquia, un sentido para la espera; ahora quiero dártelos a ti para que hagas con ese pasado lo que desees; que permanezca como testimonio o que se borre con nuestro pensamiento. Sólo tú puedes decidir...

Zelo los miró; eran cuatro sobres que contenían cartas con su letra, con su firma; hechos y sentimientos pasados nada gratos. Historia, sólo historia que podía haberla protagonizado otro, pero recordó lo que le dijo Eli, que en su presente existía el pasado... Se dirigió a la abuela que escuchaba en ese momento al niño:

-¿Qué te parece si se las dejamos a Eli? A ella le gustan las historias, después de todo las ha escrito su hermano.

-Gracias mi vida, me haces sentir muy feliz. Es tan importante no arrepentirse del pasado; si hubieras destruido las cartas, hubiese pensado que él te había destruido a ti. Pero sigues entero; a pesar de todo, entero...

Zelo la besó con ternura infinita y le preguntó:

-¿Qué quieres que te cante hoy antes de la siesta?

Cuando se dirigía a su habitación, oyó la voz de Eli en la sala; intrigado fue hacia allí y al llegar a la puerta vio sentada en el enorme sillón a una joven. Se quedó observándola; le impresionó y no sabía exactamente por qué, tal vez su delicadeza o la sensación de seguridad y calma... Como si sus pensamientos hubiesen llegado hacia ella, sus ojos se encontraron de pronto, tímidos, serenos y curiosos al mismo tiempo. No podía moverse, se hubiese quedado allí parado si Eli, al advertir el gesto de ella, exclamara:

-¡Ah Zelo, querido ¿Estás ahí? Vení por favor un momento.

Entró; mientras se encaminaba hacia ellas, Eli siguió:

-Este es mi hermano Zelo, llegó hace poco de África... Querido, te presento a Selene.

Se dieron un beso en la mejilla y la tibieza lo conmovió “¿Qué es esto?”, se preguntó fugazmente a sí mismo.

-Encantada...

Su voz era melodiosa.

-Igualmente...

Respondió él sacudiéndose la sorpresa de las emociones que aún parecía seguir teniendo.

Eli, que había advertido algo diferente entre los dos, disimuló dirigiéndose a Zelo.

-Selene trabaja con Nino ¿Te acordás de él? Hicimos el bachiller juntos...

-Claro...- Replicó confuso, tratando de encontrar la imagen de Nino.

-Era el artista del instituto;- siguió Eli- realizaba las funciones de fin de curso.

-Ah sí, aquel flaco, rubio...- Agregó a medida que se despertaba el recuerdo.

-Ese mismo. Pues se dedicó al teatro con compañías independientes y el año pasado montaron un café-concert en un sótano del centro. Una noche fuimos con Néstor y unos colegas míos a ese lugar por primera vez; habían estrenado y la tremenda sorpresa cuando leo en el programa “Nino Fontenla”; incrédula observo las fotos y efectivamente era él. A partir de ahí el contacto ha sido permanente y me entusiasmó para colaborar en la elaboración del nuevo espectáculo que querían montar, como lo hacíamos cuando estudiábamos juntos.

-¿Querés decir que estás escribiendo otra vez...?- Interrogó Zelo divertido.

-Escribir, lo que se dice escribir, no; sólo colaboro aquí y allá... además no podría competir con el talento de Selene.

Él la miró directamente a los ojos; ella estaba como indecisa, si seguir manteniendo la mirada o abandonarla.

-Es el alma del show; compone canciones, escribe, actúa, canta... – Selene realizaba gestos con la cara para indicar que Eli estaba exagerando.

-Una verdadera show-woman- Trató de disimular Zelo con esta frase la curiosidad que iba en aumento... Peligrosa.

-No le hagas caso;- contestó al fin Selene- yo creo que soy buena y me gusta, si no, no haría eso; pero Eli exagera.

Sonrieron los tres y Eli dirigiéndose a Selene:

-Bien, puede comprobarlo fácilmente ¿Qué te parece si lo invitamos para el estreno? Así sale de dudas.

-Por supuesto,- contestó ella- no sólo se trata de una invitación sino casi, casi de una obligación.- Y volviendo a los ojos de Zelo...- ¿De acuerdo?

-¿Me queda otra alternativa?

-No, no; estrenan la semana que viene. De momento andan bastante histéricos ¿Cierto?- Eli hizo la pregunta a Selene.

-Sí, siempre se produce como un terremoto antes de estrenar; tenemos que cambiar tantas cosas, afinar acá... allá... Aunque todo eso no deja de ser muy lindo.

-¿Pero por lo visto cambian bastante seguido de espectáculo, no?- Interrogó Zelo.

-Al menos dos veces al año; no sé, Nino quiere dinamismo, tal vez cuando se cansa cambie de opinión.- Respondió Selene mirando su reloj- Oh, ya las cinco, lo siento pero el escenario y sobre todo mi gata me reclaman.

-¿Tenés una gatita?

-Sí,- contestó- es una mimosa y presumida, si estoy fuera siempre tengo que ir a casa antes del ensayo para darle de comer y mimos, claro.

Zelo se quedó pensativo imaginándolas.

-Bueno Eli,- siguió- no te olvides de preparar eso ¿Lo tendrás para mañana?

-Sí, no te preocupés.

Se levantó seguida por Zelo y dirigiéndose a él:

-Bien ¿entonces te espero en el estreno?

Sí, por supuesto.- Fue la respuesta categórica.

Cuando salieron las dos, se volvió a sentar; miró con detenimiento la sala lujosa, sobria y cálida como le gustaba a la abuela y como era ella misma. Volvió a escuchar las voces del pasado y las mezcló con la sensación nueva que había provocado Selene...

Regresó Eli y se sentó a su lado, callada, respetando el silencio del hermano que en seguida le comentó:

-Parece una chica genial...

-Ah, Selene es fantástica, por un lado creativa, inquieta, sensitiva y por otro te escucha con una calma y atención increíbles en este mundo donde todos parecen interesados sólo por sí mismos. No suele dar consejos, pero tiene milagrosamente la frase oportuna para hacerte pensar... ¿Y vos, querés ir a descansar o qué?

-Pensaba hacerlo, pero me siento tan bien acá y con vos...

Se quedaron en silencio, gozando de la compañía con el sosiego del atardecer. Eli deseaba que Zelo siguiera contando su vida, lo necesitaba, no por curiosidad sino para entrar y compartir con él lo que fuera. De pronto él, que siempre escuchó los pensamientos de Eli y Tomás, le dijo:

-Querés que siga contando ¿Cierto?

-Dios, claro que sí Zelo; lo estaba rogando. Exclamó.

-¿Por dónde andábamos?

-En Bauhte.- Respondió instantáneamente.

## XII

-Bauhte es una especie de ciudad típica africana; miles y miles de personas viven entre los barrios acomodados y de los otros, estos últimos formados por grupos de chozas construidas con maderas y plantas entretrejidas que ocupaban familias numerosas, animales domésticos, etc. Los médicos extranjeros eran unos grandes señores, habitaban en las afueras en espléndidos chalets y los africanos sin título aprovechaban también su fama para imitarlos, al menos los que vimos, pero eso sí con grandes conocimientos de la medicina natural.

En ese momento entró Tomás:

-¿Qué tal chicos? Me parece que vuelvo a interrumpir algo, lo siento.

-Eh Tomasito, qué decís; vos nunca interrumpís; jamás he conocido una persona más respetuosa que vos- le dijo Zelo con cariño y agregó:- Si estás dispuesto y lo suficientemente loco como Eli para escuchar mis chaladas, quedate; si no, todavía estás a tiempo de huir...

Tomás se sentó y dijo:

-Muy bien, soy todo oídos.

Eli le resumió lo que Zelo le había dicho hasta el momento y Zelo continuó:

-A estos sanadores se acercaban una buena cantidad de estudiantes extranjeros en busca de estos conocimientos muy extendidos en Europa y EEUU.

No sabíamos qué hacer, no habíamos recorrido semejante cantidad de kilómetros para convertirnos en una clase elitista; por otro lado nuestra experiencia de la medicina natural se equiparaba ya a la africana.

Luisiño decidió viajar a la ciudad de Bombu donde existía un consulado de Brasil. Regresó una semana después satisfecho con lo que había conseguido. Nos instalamos en las afueras y con el tiempo y las lentas ayudas del consulado pudimos organizar un pequeño hospital.

Daila ¿Te acordás Eli? ¿La ginecóloga? Se había propuesto desde que se formó el grupo, dedicar el mayor esfuerzo al control de la natalidad... Lo intentó con todas sus fuerzas. Habló, buscó distintas tácticas, trató de relacionarse con las altas esferas sociales y gubernamentales para este propósito. Nunca parecía cansada y en esos momentos en que la mayoría sería consciente del fracaso, ella se revolvía con más fuerza aún.

Nuestra tarea consistía, increíble, en seguir combatiendo la malaria y enfermedades tan comunes como en cualquier parte del mundo.

Roberto y Ramírez, otro de los médicos, comenzaron a investigar el Novo; algo que aún no está nada claro ¿No Eli?

-Así es; otro nombre, mucha publicidad, pero...

-En fin, el tiempo nos iba cambiando a todos. Primero nos sentimos confusos, luego el ambiente nos sorbió. Daila y yo comenzamos a vivir como una pareja más; no nos amábamos en el sentido de... no sé... en ese lugar era como una necesidad para poder seguir teniendo puntos de referencias, apoyo amoroso y emocional, fuerza; además nos respetábamos y existía en la relación un compañerismo que nos mantenía intactos.

-O sea que, salvando las distancias, te casaste.- Agregó Eli

-En cierta medida. Pero fijate Eli, lo que significa introducirte en otro mundo, cómo te vas involucrando en su maquinaria, hasta tal punto de cambiar tus propias convicciones. Daila luchando contra la natalidad desmedida, con niños desnutridos y enfermos, donde incluso la impotencia te hace sentir miserable... pues esa Daila y yo tuvimos un bebé, te das cuenta.

Eli volvió a sentirse confusa: "Un bebé... Daila..." No podía hablar, los pensamientos corrían por su mente sin poder controlarlos. Tomás callaba. Zelo que se dio cuenta y comprendió que explicar más no tenía demasiado sentido, siguió como sin darle importancia:

-Roberto se casó con una chica bauhtí y tuvo dos chicos, nuestro mundo se extendía en lugar de retenerlo.

Nos dejábamos arrastrar así por la rutina del entorno. Hasta que, de pronto, nos comenzó a alarmar la cantidad de pacientes con desnutrición; la había sí, bastante, pero algo no andaba bien. Los casos se sumaban, no respondían a los tratamientos normales. Por supuesto los demás médicos y curanderos lo notaron también, tanto que, hicimos todos juntos una campaña al gobierno para obtener datos, informes y medicinas.

El número de muertos se acrecentaba día a día. No podía ser, personas sin síntomas, se morían repentinamente en nuestro hospital, sin respuesta ¿Qué estaba pasando? Se secaban, se desnutrían, como si algo los estuviera comiendo por dentro ¿Qué?

Comenzamos ya a gritar la ayuda; de esa forma llegaron científicos cada vez más expertos que parecían tan impotentes como nosotros.

El gobierno no tuvo más remedio que acordonar la zona y organizar controles severos en toda la frontera. La epidemia se extendía y no sabíamos cómo...

Una noche... de esto hará casi un año, nos tropezamos con Jadin Nasan, un oficial africano, que sabía como Ari varios idiomas y vigilaba ese tiempo los almacenes de alimentos del gobierno. Con gran cantidad de alcohol, no profesaría la religión, y algarabía nos hablaba esa noche como si estuviera ensayando un discurso: "dicen que la gente se está muriendo de hambre... Ja..." la risa siniestra remarcaba sus ojos de color amarillento, "¿De hambre? No será porque les falte de comer ¡Miren! ¡Entren...!" Se tambaleaba entre la risa y el alcohol: "Justo ahora que hace cuatro meses esta compañía extranjera que se ha portado tan bien... Ja... Ja... Y nos ha llenado la boca con esto..."

Me agarró con fuerza mientras seguía: "¿Por qué se están muriendo, doctor? ¿Hambre? ¡No! ¡No puede ser! ¡Mi familia ha comido de todo esto... lo ve y se están muriendo! ¡Dígame! ¿Epidemia? ¿Qué epidemia?"

No sabía qué me aterraba más, si ese imponente hombre descontrolado o el espectáculo que ofrecían los miles y miles de paquetes que se apiñaban en el enorme almacén.

Pudimos deshacernos de Jadin, pero no había forma de quitarnos de la cabeza el espectáculo de opulencia que observamos sin darnos cuenta, por puro accidente. Y recordé que hacía unos días Daila mencionó enfadada que ya no se conseguía en el mercado la comida preparada que veníamos consumiendo en casa desde hacía más de tres meses..

Nos juntamos casi todos los médicos, dado que las instalaciones no daban abasto y montamos hospitales de campaña. Morían como en las épocas históricas de la peste, sólo algunos elegidos, vaya a saber por qué razón, lograban salvarse o no enfermaban. No teníamos ningún control sobre la enfermedad.

Roberto y Ramírez habían estado haciendo investigaciones por su cuenta, muy a fondo por cierto y atando cabos llegaban siempre a un punto: los alimentos preparados.

Un día pidieron hablar con Jadin Nasan quien los recibió muy amable, recorrieron las instalaciones y observaron pasmados que latas con los más variados productos de distintos países, arroz, cereales, pastas, legumbres, etc., ocupaban el sitio de aquellos preparados. Le preguntaron a Jadin por ellos, éste sorprendido parecía haber olvidado aquella noche, juro y juró que jamás existieron en los almacenes semejantes productos. La sospecha, la incertidumbre y más aún la inquietud se clavaron en nuestra mente.

Roberto enfermó y murió a los dos meses, nuestro bebé tampoco pudo resistir y Daila hace apenas cuatro meses que dejó de existir...

Como en toda epidemia, fue restableciéndose la calma por sí sola, Murieron casi doscientas mil personas, al menos eso dijeron por el censo. Los

investigadores llegaron a la conclusión, curiosamente rápida, de que la enfermedad no era contagiosa... Nadie le puso nombre.

Cuando abrieron las fronteras y desaparecieron los controles, decidimos partir; le preguntamos a la mujer de Roberto, Beina, si quería venir con nosotros; ella lógicamente prefirió quedarse con lo poco que quedaba de su familia y la pequeña que sobrevivió.

Luisiño, su compañera, una hermosa bauhtí, Ramírez, Serj Tiyan, una amigo ruerí y yo teníamos un deseo... Rueri, nuestro paraíso

Zelo se calló, observó a los dos hermanos; no encontró ninguna respuesta. Ellos no podían hablar. No sabía si seguir o callar ya y olvidar, pero sus rostros le suplicaban que se descargara, que terminara de abrir la herida para intentar así curarla entre todos.

### XIII

-Casi sin alma, como robots, nos pusimos a andar. Ya no teníamos el Dios en los pies. Cuando llegamos, enfermos, agotados por dentro y por fuera, sentimos la sensación de la muerte en forma brutal y absurda... “¿Dónde está Rueri?”, preguntó casi sin fuerzas Ramírez; “Nos perdimos, esto no puede ser...” Trataba de afirmar Luisiño, cortando la frase repentinamente al ver cerca de una choza todavía intacta a Ari.

Un grupo de occidentales había instalado una base sanitaria ¿Qué palabra tendría que usar para representar lo que tenía delante de mí?: Desolación...

Ari nos vio y vino corriendo al encuentro; sus ojos se iluminaron cuando nos abrazó, intentando explicar con ellos lo que había sucedido. Nos llevó a la choza en donde caímos exhaustos mientras nos preparaba un té caliente y colocaba en un plato civilizado una buena ración de arroz. Teníamos hambre y casi no podíamos tragar. Ese día no sirvió para esclarecer los hechos; el cansancio y el deseo de escapar, de no saber nada más, nos sumió en un sueño que duró más de 24hs.

Cuando despertamos se volvió a repetir el vacío. Ari comenzó a contarnos la debacle que se había producido: “¿Se acuerdan cuando estuve la última vez en Bauhte? Resulta que Jadin Nasan, un conocido que también había viajado a Europa, trabajaba en los depósitos de alimentos. Un día me contó entusiasmado que el ejército había llevado un stock impresionante de comida envasada en paquetes. A nosotros nos mordió la intriga; me reuní con un grupo y Jadin para hacer negocio y llevar una parte de esa mercadería a Rueri ¿Quién lo notaría? ¡Había tanta cantidad! Comenzamos a planear el robo con Jadin que se dejó sobornar. Pequeños grupos, siempre distintos, iban a bauhte y regresaban con mercancía...”

“¡Oh no...!” exclamó Luisiño “¡Qué estás intentando decir!” Ari lo miró entre avergonzado e intrigado por la pasión que Luisiño había puesto en las frases. “¡O sea que robaron los alimentos y los trajeron aquí...!” Ari con una tremenda culpabilidad le dijo: “Cómo iba a imaginar que esos alimentos... y que esos grupos... iban a... Dímelo Luisiño.”

Lo agarré por los hombros y le pregunté en el mismo tono. “¿Dónde están los alimentos? ¿Dónde los han guardado?” Ari de la impresión no podía ni hablar, hasta que al fin nos contestó que ya no quedaba nada; lo habían consumido todo y se defendía a sí mismo asegurando que no lo habían hecho por negocio, que lo habían repartido equitativamente... “¿Y los envases?”, seguí preguntando, “¿Dónde los tiraron?” “No existen ya”, respondió y nos explico

que entre todos habían decidido desaparecer los indicios por sí... Luego llegó la epidemia, apareció el ejército...

Me senté, mire hacia el cielo, lo único que parecía no haber cambiado y busqué en la mente aquellas imágenes pasadas de los rueries enfermos o viejos que se internaban en el bosque para desaparecer definitivamente en silencio y entregar así su cuerpo y su alma al Ahme, un ciclo permanente de dar y recibir.

Ahora, gran parte de las chozas habían sido quemadas, los árboles brutalmente talados porque había que instalar un laboratorio para investigar el agente que...

Y no sé por qué pensé que las poblaciones crecían como cucarachas y eran utilizadas porque la miseria es un gran negocio y cuando la demografía se desbordaba ya hasta el punto de no ser útil, cuando comenzaban a invadir lo que les pertenecía a unos pocos, sacaban un insecticida mágico y se restablecía el orden. Lo malo que el insecticida no siempre es controlable, no es fácil ponerle límites y muchas veces sigue actuando.

Piensen chicos a cuántas enfermedades misteriosas que se desarrollaron y extendieron con una rapidez asombrosa, les hemos puesto ya nombres.

Lo poco que quedaba de mis sentimientos se quebraron en trozos tan pequeños... La agresividad que guardaba para luchar contra los anónimos hipócritas mal nacidos que habían provocado el caos, cayó en un abismo de silencio e indiferencia.

Me senté debajo de un solitario Ahme, uní mi espalda a su tronco y le pregunté llorando. “¿Por qué? ¿Quién hizo esto? ¿Dónde está?” El árbol meciendo las hojas parecía responderme: “No lo encontrarás nunca... Es la misma naturaleza que utiliza distintos vehículos para transformarse, evolucionar, cambiar. No somos nosotros, sus seres vivos, quienes tenemos que juzgarla por ello.”

Zelo no podía seguir, lo invadió un llanto fuerte, intenso. Abrazado a Eli lloró, lloró, lloró tanto, tanto como jamás lo había hecho en toda su vida. Tomás permanecía inerte, tan deshecho como su hermano; se acercó a los dos y se unió al abrazo con toda su alma.

## XIV

Saludó a Manolo pasando rápidamente por él. Entró al apartamento. Lila la saludó efusiva como siempre y jugó con ella un buen rato. Fue a la cocina, puso agua a calentar, luego encendió la luz del dormitorio, se desnudó, se puso el desabillé de lana, volvió a la cocina, preparó el té, fue con él a la sala, encendió la estufa y se arrebujó en el sillón junto a Lila. Estas eran las acciones que realizaba casi todas las noches, pero hoy era como si algo se hubiese agregado a su vida; no podía ser un sentimiento; “imposible”, pensó. Sin embargo, llevó a cuestas toda la tarde-noche un rostro, unos ojos, un nombre... “Estaré experimentando algún cambio”, meditó; “pero no puede ser soledad, no me siento mal, no necesito nada especial...” Bebió el té con lentitud para no seguir con los pensamientos que se le habían incrustado hacía unos días. A pesar de todo seguía sintiendo inquietud y no era precisamente por el estreno. Deseaba ser conmovida, que alguien la despertara del mutismo de sentimientos que se agolpaban en su interior y no encontraba hacia donde canalizarlos. Puso un CD para relajarse con la música, instintivamente había seleccionado la banda sonora de “Memorias de África”. Encendió un cigarrillo, se recostó sobre el sillón y miró el círculo que la lámpara de pie dibujaba en el techo; como si fuera un foco, imaginó dentro de él a aquel hombre delgado, delgadísimo, pero donde se delataba la elegancia y al mismo tiempo la sencillez. Su cara representaba un mapamundi, entremezcladas la dulzura, la ternura con el sufrimiento; la derrota con la dignidad de seguir luchando; la infancia con la madurez... y los ojos, cuánta luz.

Lo intuyó cerca. Trató de recordar una sensación semejante en su vida y no la encontró. No comprendía qué le estaba pasando; se trataba de un estado de ánimo que no conocía y se sintió infantil. Trató de ser concreta, realista y pronunció el nombre: “Zelo Gurmendi”... Se estremeció; pero ¿Qué significaba esto ahora? No encontraba la forma de sacudirse esa imagen, de alejarla. Se sentía ridícula.

La música la encerraba más y más en lo mismo. Se incorporó. Apagó. Acarició a Lila y habló con ella para recuperar la realidad. Lila como una muñeca rellena y blandita, apenas entreabría los ojos, no estaba esa noche sino para dormir acogedoramente.

Se levantó, entró en el baño y se preparó para ir a dormir. Se esforzó por recordar el diálogo mantenido con la madre por la mañana, que seguía con increíble fidelidad tratando de resolver los problemas de Marta.

Se acostó, apagó la luz y cerró los ojos con fuerza como si con eso pudiera borrar la imagen que bruscamente la había invadido sin haberla buscado.

## XV

-Oh chicos, qué bien que están,- exclamaba Zelo lleno de alegría.- A ver Osvaldo date una vuelta, fabuloso, no has cambiado nada...

Desde que Bobi había abierto la puerta al sonar el timbre, la casa se llenó de voces. Zelo observó a la abuela que reía encantada y decía a medida que Osvaldo y Brulio la saludaban, fijándose al mismo tiempo en sus nietos:

-¡Qué maravilla, otra vez todos mis muchachos juntos! Cuánto soñé con otra fiesta así...

No paraban de hablar, reír y hacer comentarios de otros tiempos como si nada hubiese cambiado.

-¿Y Jose...?- Preguntó Zelo

-Avisamos pero está en Montevideo hace una semana y la madre piensa que vendrá dentro de unos días. Tendrás que seguir esperando, nene.- le contestó Osvaldo y siguió:- También hablamos con Dido y Rubén; él está con una gripe total y Dido nos puso unas cuantas excusas; me parece que esa sigue colada por vos y claro, tiene miedo o querrá verte a solas... Vaya a saber.- agregó con picardía.

-Ah, con que siguen con lo mismo, ya verán cuando empiece a meterme con ustedes.

Ahora reían tranquilos y satisfechos. Cuando lo vieron, tanto Brulio como Osvaldo pensaron que no podrían seguir con el plan que se habían propuesto: "Tratemos de no asombrarnos por nada; sea lo que sea pensemos que es Zelo y listo".

El padre, inquieto, iba de un lado a otro como para no perderse ninguna palabra, ningún gesto de la reunión que estaba añorando hacía tanto. María, radiante, como en los mejores tiempos dio la orden para la cena, siendo como siempre el centro de atención; los chicos la hacían rabiarse a lo cual ella se prestaba gustosa, replicando de igual forma.

Néstor intentaba por todos los medios de no desentonar, pero no encontraba la forma de unirse. Zelo, que se dio cuenta de ello, permaneció a su lado explicándole aquellos comentarios que no podía seguir por no estar al tanto del pasado que los unía a todos.

Ya más calmados pero no menos felices, se sentaron a la mesa y comenzaron la larga lista de preguntas y respuestas. Zelo respondió lo alusivo a su enfermedad tratando de no dramatizar. Había puesto su mano sobre la de la

abuela para que no se inquietara y comunicarle con ello que no era para tanto. Miró al padre y siguió:

-Mi padre se ha movido bastante estos días y a partir del lunes, la clínica de su amigo Levin abre sus puertas a esta criatura.

-¿Pero qué?- preguntó Braulio- ¿Te vas a quedar internado?

-No, no es necesario, tendrá que ir por las mañanas, con eso es suficiente. Estará sometido a duras pruebas; realmente tengo fe en el Dr. Levin.- Agregó el padre.

-Pero el lunes se verá...- Dijo Zelo para cortar el tema- Ahora quiero saber, ¿Braulio qué es eso de Mabel y las nenas?

-Nada, me casé hace cuatro años y qué más, qué querés que te diga... Mabel es genial y de las nenas... soy el padre ¿Podría encontrar algo malo en ellas?

-¿Y por qué no las trajiste?

-Porque hoy es algo distinto, es volver a pegar el vínculo, esa unión que se cortó cuando te fuiste. Ya tendremos tiempo de compartir todo lo nuevo. Si querés podés venir a casa el domingo y las conocés.

Zelo afirmó con la cabeza y dirigiéndose a Osvaldo:

-Vos nada, seguro... Los edificios siempre te comieron el coco ¿Qué mujer aguantaría competidoras tan monumentales?

-Ves, no cambiás... ¿Y si te dijera que estás equivocado?- replicó Osvaldo.

-No me lo creería... ¿Qué intentás decirme? ¿Vos...? ¿Una familia? No, no encaja.

-Una familia en realidad no, vivo con una chica hace más de un año, también es arquitecta.

-Ah, así sí...- Dijo Zelo felicitándolo con un abrazo cerrado.

Y así toda la noche... La abuela, el padre y Néstor se fueron a dormir; ellos, con unas cuantas copas de más, siguieron navegando en el tiempo de antes y de ahora. No tenía sentido identificarlos ya.

## XVI

La mañana era fría; el sol calentaba el brazo derecho de Zelo cuando Tomás lo llevaba por las calles agitadas a la clínica.

-Tomás, con respecto a lo que les conté el otro día de África, quisiera que no le comentaras a papá las sospechas relacionadas con los alimentos. Sabés que él piensa que vive en un mundo justo, donde prevalecen la justicia y el orden. Esto lo llevaría a cometer imprudencias cuya única consecuencia sería la de perjudicarse y ya ves, no tiene ningún sentido especular con sospechas aunque sean las más lógicas...

-Nunca pensé contarle eso, incluso se lo advertí a Eli. Te doy toda la razón, es lo más prudente.- Contestó Tomás.

El Dr. Levin ya lo conocía desde chico y luego, pasado el tiempo, solían encontrarse en algunas reuniones. De ahí que no era extraño el tono familiar que utilizaba con Zelo.

Esa mañana lo zarandó con distintas pruebas y sobre todo con las preguntas. El doctor se sentía confundido y le interrogaba una y otra vez si habían usado tal o cual medicamento con los pacientes y ante la respuesta afirmativa de Zelo, movía la cabeza como sin poder creérselo.

-Muchacho,- le dijo- vamos a tener que empezar de cero; por suerte cuento con tu experiencia. Debemos ser optimistas, sos muy resistente; la prueba está en que aún seguís luchando y por lo que me contaste la enfermedad no ha progresado como en los otros. Va muy lento, hubo sobrevivientes a la misma que están recuperándose y a eso tenemos que agarrarnos.

Zelo reafirmó lo dicho y agregó que no le importaba que experimentara con él lo que fuera necesario y terminó:

-Aún quedan enfermos en África, uno de mis colegas se está muriendo en Brasil y no tenemos claro las consecuencias que podría tener la enfermedad y su expansión.

¿No le llama la atención algo? Cuando se produce cualquier accidente o hay una guerra, las noticias corren como el agua; los medios de comunicación suelen pasar varios días haciendo recuentos de muertos. Sólo en Bauhte, esta enfermedad hizo estragos en familias enteras... Cuando llegué a Roma y luego a Madrid, no se sabía allí nada. Usted, mi familia... médicos... nada. ¿Extraño? ¿Verdad? Por lo tanto, prométame doctor que no tendrá ninguna reticencia conmigo.

El Dr. Levin le apretó el hombro afectuosamente y afirmó con la cabeza.

-¿Te falta mucho Zelo?- Preguntó Eli a través de la puerta del dormitorio.

-Pasá...- le dijo

Cuando Eli entró, una sonrisa radiante se dibujó en su cara y exclamó

-¡Qué churro! ¡Zelo estás para comerte! Si no fueras mi hermano...

-¡Dale! ¡Dale!

-En serio, Selene se va a quedar de piedra cuando te vea.

-¿Qué insinuás?- Le preguntó haciéndose el inocente.

-Ya sabés o me vas a decir que no querés presumir...

Tomás y Néstor estaban listos esperando por los dos hermanos en la sala charlando con la abuela. Cuando bajaron, María, que entraba en ese momento, se quedó petrificada al ver a Zelo y exclamó:

-No le dije Doña Aurora que seguía siendo el hombre más lindo del mundo.

Zelo la besó.

-Sos una mentirosa y te va a crecer la nariz, pero no importa, podés seguir mintiéndome...

-¡Bobo! Yo nunca miento, sabés que sos lindo pero te hacés el tonto para que te lo digan.

La abuela no hacía sino mirarlo...

-¿Nos vamos ya?- Preguntó Néstor.

-Si están todos listos, sí. Tenemos que llegar antes de que empiecen. Parece que hay un grupo mexicano que es un sueño y creo que es la segunda o tercera actuación.- Contestó Eli.

Se despidieron de la abuela y cuando Zelo la besó le dijo:

-Te espero como antes para que me cuentes; todavía ahora la impaciencia no me deja esperar a mañana.

-Cuando toque tres veces en la puerta sabrás que el duende ha llegado para llenarte la noche de magia.

Zelo cerró la frase estampando en su mejilla un segundo beso.

Bajó del coche y respiró profundamente la noche; se sentía al fin bien, normal. Entraron a la sala y fueron hacia una mesa reservada cerca del escenario.

Zelo había recuperado el tono y se comportaba como un habitante de la gran ciudad. Todos tenían algo que comentar, él miraba las luces, la gente. Pidieron un aperitivo y los canapés cubrieron gran parte de la mesa.

-Zelo,- le dijo Tomás- esta noche soy feliz, no sé qué alquimia hizo el Dr. Levin, pero has cambiado tanto que me parece estar viviendo otro milagro.

-Tomás, cómo me gusta que seas feliz; cuando nos vimos el primer día en el hotel, estabas tan pálido, tan asustado... pero bueno, ahora con esas cápsulas "Inmunis 200" que descubrió buscando y buscando Levin, espero que esta mejoría siga.

-¿Están hablando de las cápsulas?- preguntó Eli y siguió:- son milagrosas, ya verán, a pesar de haber salido al mercado recientemente, ha sido experimentada con seres humanos.- y ante la sorpresa de Tomás...- Sí, qué te crees. Si supieras las miles y miles (porque no quiero decir millones) de coballas humanas que trabajan en eso y otras que ni siquiera lo saben...

-Shhh, chicos...- murmuró Néstor- el diálogo éste... Eh Eli...

-¿Es tuyo?- le dijo casi al oído Zelo.

-Vos escuchalo...

Cuando terminó la escena y fue ocupada por otro grupo, Zelo la besó y le susurró:

-Eli, fantástico; si dejás la medicina no hay de qué preocuparse.

-Ves, ya te estás burlando.

Él muy serio con la mano en el corazón:

-Te digo la verdad, sos muy buena, herencia de mamá.

-Perdonado entonces...

Siguieron disfrutando de la música, las palabras hasta que las luces de la sala comenzaron a bajar de intensidad lentamente; el escenario se cubrió de focos, con luz tenue, todos de distinto color. La escena surrealista daba un efecto de encantamiento que no sólo abarcaba la sala sino el estado de ánimo de los espectadores.

Selene realizó su número que duraba media hora dentro de la más profunda expectación, con toques de humor y de drama.

El final... Sonaron los primeros acordes de su nuevo soul y la voz increíble lo inundó todo:

“Te recorro

Te busco

Te nombro

No con la mirada

No con los pies

No con la voz”

Zelo no podía desprenderse del encanto

“Sino flotando como una nube

Inmensa y sutil

A través del infinito”

Se estremeció...

“Traspassando

Por tu cuerpo y por tu alma

Apenas... sin rozarte.”

Aplausos. Zelo rogó que hicieran silencio. Se fueron apagando uno a uno los focos, cambiando antes de color sobre la figura de Selene hasta desvanecerla en la oscuridad, mientras las de la sala recuperaban la intensidad habitual.

Cuando todo volvió a la normalidad, Eli les recalcó:

-¿Qué les dije? Es maravillosa ¿Verdad? Una joya.

Zelo no podía hablar sumergido en las imágenes que acaba de ver. Selene se reunió con ellos una media hora después y dirigiéndose a Eli:

-Nino me dijo si podés ir un momento

-¿Qué pasará ahora?

Zelo la miraba... ella lo advirtió y le preguntó:

-¿Qué te pareció?

-Hace rato que estoy buscando la palabra adecuada y no la encuentro.

Selene sonrió y él siguió:

-Es cierto... No sé qué decirte. Un descubrimiento que me ha dejado azorado.

Selene se sintió halagada porque era sincero.

Eli regresó con Nino que saludó afectuosamente a todos y dirigiéndose a Selene

-Princesa, ha sido un tremendo éxito. Te felicito.

-El éxito es tuyo, vos sos el espectáculo.- Rectificó ella.

-Gracias nena, pero no me lo creo; qué haría sin vos y sin Eli...

-Bueno, bueno, basta ya de tirarse flores, creo que todos coincidimos que el "Boudelair" es una maravilla de café concert. – Terminó Eli- ¿Brindamos?

-¡Eche mozo más champagne...!- Cantó Néstor.

Zelo siguió a Selene toda la noche con la mirada; su voz, sus gestos, todo tenía armonía.

Néstor preguntó a dónde querían ir a cenar. Barajaron distintos restaurantes y al fin se decidieron por uno que estaba cerca. Cuando salían, Selene se disculpó:

-Lo siento, me encantaría acompañarlos pero tengo obligaciones. Ya saben, el trabajo...

Nino disgustado:

-Pero es la noche del estreno, princesa ¿Cómo no lo vas a celebrar? ¿Qué importa una hora más o menos?

-Nino, a ella le importa, son sus responsabilidades y no tenemos derecho a presionarla- Cortó Zelo para evitar que Nino siguiera comprometiéndola contra su voluntad y le preguntó:

-¿Te llevamos?

-No hace falta- respondió ella con los ojos llenos de agradecimiento.

Mientras los demás saludaban y se encaminaban ya hacia el restaurante, Zelo permaneció cerca de ella que al despedirse le dijo muy suave:

-Gracias...

-Por favor...- respondió él- Sabés, me gustaría seguir conociéndote... ¿Me dejás?

-Sí, yo también...

-Entonces no vamos a perder el rastro ¿Verdad?

-Claro que no...

Selene sólo podía articular ya palabras aisladas.

-¿Podemos vernos el fin de semana?

-El domingo es muy difícil, le pertenece a mi madre por decreto.

-Bueno, cualquier día, cuando quieras y puedas...

-¿Te parece el miércoles en mi casa?

-Ok...

Se dieron la dirección y cada uno siguió en su noche pero con una impresión diferente...

## XVII

Pagó al taxista y se dirigió a un edificio no muy grande y tranquilo. Cuando llegó a la entrada, el portero, un hombre gordo y simpático, la preguntó a quién estaba buscando; al pronunciar el nombre de Selene sus rasgos se dulcificaron.

-Ah, la señorita Selene... ella está en el 101 "A".

-Sí, ya lo sé, gracias.

Tocó el timbre y al abrirse la puerta volvió a invadirlo el encanto. Una gatita blanca, beige y marrón se desperezaba en el sillón, tensionando las uñas y retrayéndolas mientras lo observaba con curiosidad. Fue hacia ella:

-Es preciosa,- afirmó él- intentaré sentarme a su lado para ver si le gusto ¿Puedo?

-Por supuesto...- le contestó Selene.

Lila lo inspeccionó intrigada al principio y luego se relajó encantada junto a él.

-Yo tuve siempre perros, el último fue Pinti, murió cuando estaba en Misiones.

-Yo también.- replicó Selene- Mi madre tiene dos, pero ahora que vivo sola y estoy muchas horas fuera de casa no quería animales. Un día mi cuñado apareció con ella, una pequeña bolita de pelos y se ha transformado en mi amiga, mi compañera y mi profesora. Y Manolo, el portero, la saca al jardín cuando no estoy.

Sirvió el café...

-Estuve pensando después del espectáculo la cantidad de coincidencias con respecto a vos.

-¿Qué coincidencias?- Preguntó ella intrigada.

-Fijate, primero tu nombre... Selene, por supuesto sabés quién es en la mitología.

-Sí, la luna...- No estaba segura a dónde iría él a parar con eso.

-Los griegos,- continuó- llamaban a Selene "El ojo de la noche"; ella cubría todo con su luz delicada, misteriosa y acompañaba en su sueño eterno a Endimión.

-Ah claro, el pastor condenado a dormir en una cueva para siempre... ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

-Tu espectáculo me pareció como una réplica, las luces moviéndose como el día y la noche, la magia...

Ella se quedó pensando y lo miró sin respuestas.

-El pastor,- siguió- estaría representado por todas esas personas, el público, que duerme durante el día siendo absorbida por el sueño de buscar más sin tener claro qué y por la noche recupera gracias al misterio y a la tenue luz, su alma...

-Zelo... ¿Cómo se te ocurrió eso?

-No sé, yo también me sentí como el pastor, viví años en una nebulosa y de pronto esa noche, la luz... pero no esa que encandila sino aquella que da reposo a tantas pesadillas. Así me sentí el otro día.

-Eso me hace profundamente feliz... Yo sólo represento un espectáculo para entretener a los demás, que pasen unos minutos agradables y al mismo tiempo poder expresar todo lo que tengo...

-Te aseguro que hay más.

Siguieron conversando con serenidad, haciendo un repaso general de sus vidas.

-¿Y tu padre?- Preguntó Zelo

-Mi padre tenía una empresa de construcción de techos, en esa época mi hermana y yo llevábamos una vida de princesas. Un día inspeccionando un techo, se cayó; tuvo mucha suerte de que el accidente no fuera mortal, pero al poco tiempo le descubrieron un cáncer que se extendió irremediablemente. Tenía un tratamiento carísimo, cuando la cuenta del banco bajó en forma alarmante, mi madre comenzó a vender todas las propiedades, nada fue suficiente para mantener su vida...

-¿Entonces...?- Preguntó Zelo deseando de que no terminara allí la historia.

-Mi madre conservó la casa y una parte del local de la empresa. Quiso seguir manteniendo a sus hijas adolescentes igual que antes. Imposible... No alcanzaba; después de hablar y hablar con ella pudimos convencerla. Yo conseguí un trabajo en una fábrica de tazas y platos, tenía que pegar las asas en las tazas y mirá qué gracia, cuando llovía y en determinados barrios, muy pobres, en las calles que quedaban aún de tierra e intransitables por el barro, un camión descargaba sobre ellas las piezas defectuosas; los coches iban haciendo añicos, hora tras hora, el tiempo que había empleado en pegar aquellas asas.

-¿Y por qué dejaste de vivir con tu madre?

-Mientras trabajaba, estudiaba de noche el comercial; cuando me recibí conseguí trabajo en un banco cerca de acá y...

-Pero, eso no es todo ¿Verdad?

-Mi madre es una mujer maravillosa, amorosa, con un empuje y una fuerza increíbles pero... donde está es como si absorbiera todo el oxígeno y te dejara sin poder respirar. La quiero... mucho...

Zelo aprovechó el silencio para agregar:

-Tal vez cuando la vida se torna más segura o creemos que es así, se agravan los conflictos o se tornan más complejos como si echáramos de menos el riesgo que el instinto necesita y entonces cualquier problema cotidiano lo observamos con lupa y como la felicidad no existe en estado permanente sino que se limita a determinados instantes de nuestra vida, pues hay que disfrutarlos, agarrarse a ellos; en definitiva es lo que te mantiene, yo pude comprobarlo...

-¿Y tu madre?- preguntó Selene como réplica.

-Yo era muy chico cuando murió y no pude retener su imagen, sus vivencias; a veces noto sensaciones pero me es imposible definir las. Tomás es el más cercano a su recuerdo, él la vivió y sufrió con su muerte.

Miró hacia la ventana que ya no transmitía sino luz artificial de la calle y como despertando recién ahí al tiempo real, exclamó:

-Oh Dios ¿Qué hora es?

-Las ocho

-¿Las ocho ya...? Bien, tendré que irme.

-¿Tenés coche?

-No.

-Entonces te llevo ¿Vas a tu casa?

-Oh Selene, de verdad, no quiero molestarte; llamo un taxi y...

-No, no; yo soy ahora tu taxista y en el futuro, si tenés algún problema, también ¿De acuerdo?

-¿Cómo voy a hacer eso?

-Fácil, haciéndolo...

Cuando entró en la sala estaba allí la abuela sola, como esperando... La besó y sosteniendo sus manos entre las suyas se sentó a su lado meditativo. Ella que notó la incertidumbre:

-¿Qué piensas hijo?

-Que la vida mientras estás vivo es interminable. Crees que la has dejado atrás ruinoso y de pronto una nueva historia te sorprende hasta tal punto que en lugar de rechazarla, te ilusionas con comenzarla.

-Cuando era joven,- siguió la abuela- tenía cuatro amigos; dos de ellos eran inseparables, todo lo sabían uno del otro. Un día uno, vaya a saber por qué razón, cualquiera entiende... decidió decirle que se iba para medir sus sentimientos, el otro que no supo muy bien o que no lo entendió se hizo cómplice de esta partida, empujándolo a hacerlo. Mi amigo se perdió en sus propias historias hasta quedar solo; un día me dijo como sin darle demasiada importancia: "Que lástima si estuviera aquí..." Y yo me pregunté por qué dejamos que se nos escape la amistad, el amor... Por eso me molesta cuando alguien dice: "Si lo hubiera hecho..." No te dejes llevar por lo mismo, hijo ¡Hazlo! Qué importa si luego falla, de todas maneras, si dices que no desde el principio nunca sabrías qué hubiese sucedido al intentarlo. Siempre pensamos: "Para mí ya se acabó todo" o bien decimos "No importa, ya vendrá otra historia"; pero el tiempo te dice que no son tantas como para andar eligiendo constantemente y rechazándolas. Con ese sistema terminas arrepintiéndote de lo que has hecho y sobre todo de lo que no has hecho. Nunca es tarde.

-Pero... y ella... qué puedo ofrecerle... si...

-Zelo, no lo sabes, para ella podría ser una historia de amor maravillosa. No se la niegues por miedo.

## XVIII

Pasaban los meses y Buenos Aires iba cambiando con las estaciones. Selene y Zelo recorrían cada rincón como si jamás los hubiesen conocido; no los entristecía el conjunto gris de la metrópolis o la agitación y locura de los coches, la gente, las peleas.

Las estatuas recobraban vida cuando se acercaban a ellas y la primavera resucitaba las flores de las plazas y balcones. A veces deambulaban por las calles apretados entre personas desconocidas, correteando como niños o subían al atardecer al último piso de algunos hoteles para observar desde allí, muy juntos, la ciudad que se debatía entre el contacto y el anonimato. Otras veces los sorprendía cualquier café con conversaciones serias y profundas.

Aquella tarde, la tormenta de verano, barría las calles y deshabitaba las plazas. Zelo, parado cerca de la puerta, observaba con interés el camino de su casa, refugiado debajo del alero que protegía la entrada. Al poco tiempo divisó el “fitito” que esa tarde parecía respirar como si tuviera gripe; abrió el paraguas, bajó la escalera hasta donde Selene había estacionado entró en el coche y le preguntó:

-¿Qué te parece la idea de quedarnos acá? Le dije a María que prepararan cosas ricas por si aceptabas ¿Querés?

-Sí, qué lindo; hoy no está el día como para andar retozando por ahí.- Aceptó Selene.

-Es que he vivido tantas lluvias que parece como si todavía estuviese mojado y aquí adentro es todo más acogedor.- Le explicó.

Entraron, fueron a su habitación; era la primera vez que la veía: amplia, con grandes ventanales al jardín, ese día envuelto en el misterio por la lluvia.

Los muebles sobrios, exquisitos, demasiado serios, reflejaban una personalidad de Zelo que no concordaba con su idea. Mientras reflexionaba sobre esto, Zelo se dirigió hacia ella como si hubiese adivinado su pensamiento:

-Esta habitación cambió mucho... No te imaginás qué linda era en mi infancia y adolescencia; cada cosa que había siempre significaba algo. Cuando me recibí de médico, mi papá me regaló un viaje a Europa que hice con tres amigos, pero ese no era todo el regalo; al llegar noté a mi padre muy entusiasmado

porque fuera a mi habitación; cuando abrí la puerta y vi todo esto que estás observando vos ahora, me quedé pasmado; no podía creer que... y pensé: ¿Dónde están mis cosas, mis muebles...? Sentí mi primera desolación, creo. Miré a mi padre confuso y encontré en su cara una gran sonrisa de satisfacción; siempre pensó que esa confusión era por la sorpresa y no tuve el coraje suficiente para aclarar mis sentimientos. Al poco tiempo me fui a Misiones y no la había vuelto a ver hasta ahora; esta vez, cuando abrí la puerta la confusión fue reemplazada por una sonrisa similar a aquella de mi padre...

-Queridísimos chicos, aquí les traigo las cosas más ricas que hayan podido probar jamás.- Era la voz de María detrás de una mesa rodante repleta de manjares.

-¡Pero María, qué has hecho!- Exclamó Selene.

-Qué he hecho.... qué he hecho... Déjense de preguntas; hay que ver cuánto necesitan comer los dos, parecen palitos...- Colocó la mesa cerca de los sillones- Y ahora a comer, que lo sé muy bien, se ponen a hablar y se olvidan de todo...

-Pero no podríamos con esto ni en una semana.- Aseveró Selene mientras Zelo sonreía encantado.

-Bah... bah... Todo es empezar.- Fue hasta la puerta,- si necesitan algo me llaman, pero no antes de haber comido.

Se sentaron y comenzaron a servirse entre bromas. Selene que siempre le impresionaba la capacidad de adaptación de Zelo:

-Nunca podré explicarme qué mecanismo existe dentro de vos capaz de hacerte sonreír y aceptar cada situación con normalidad, después de haber escuchado cada relato que hubiese destrozado al más fuerte.

-Sabés que pasa,- explicó él- me convencí que uno no debe llevarse por los premios o por los castigos. Muchas veces miramos a nuestro alrededor y descubrimos que tenemos tanto, como si pasaras tu vida sentado, disfrutando y sacando los frutos directamente del árbol, sin esfuerzo, entonces a veces comienza la culpabilidad, el reproche y sobre todo la comparación. Buscás el equilibrio y transformás esa vida para equipararla a otros, tampoco obtenés satisfacción con eso. Al menos yo he llegado a que sea cual sea el mundo que te toca, ese es tu mundo, de él es de donde tenés que obtener lo bueno o lo malo sin remordimientos, sin envidia. Echá una mirada a tu alrededor ¿Qué ves? Gente, gente que ha nacido para comprar o venderse; hay quien puede darse el lujo de comprar su propia vida haciendo con ella lo que quiere o lo que piensa que quiere; otros sólo pueden venderla para subsistir y no te creas que

en éstas existe sólo la desgracia, al hambre, el miedo, no... cada situación por más difícil que sea siempre mantiene el equilibrio. Claro, uno se pregunta con tantos elementos en contra, quién puede encontrar un momento de felicidad en esas circunstancias. Pues sí, los hay; tanto en el "primer mundo" como en el "tercer mundo" se mezcla todo; cambian ciertas alternativas, algunas manifestaciones y nada más. Por eso pienso que lo mejor es recoger lo que tenés a tu alrededor; el ponerte a comparar te lleva sólo a perder tiempo de felicidad y la actitud de esperar recompensas no sirven sino para envejecer el alma.

Selene lo miraba, sentía una profunda e inexplicable sensación y emoción contenida hasta que no pudo callar más lo que se agitaba en su ser hacía tiempo...

-Zelo... Te amo.

Sólo se oía el sonido de la lluvia y él creyó que los latidos de su corazón llegaban a cada rincón de la casa.

-Oh... tenía que pasar... supongo...- casi no le salían las palabras- He estado tanto tiempo dentro del peligro, de la desesperación... pero... el amor...

-Zelo...

-Si... ya lo sé... no voy a seguir dando vueltas... Selene... yo también te amo, es como si estuviera en vos, como si fuera vos. Pero... necesito saber si está bien que me quede... Porque no sé qué va a ser...

Selene le tomó las manos delicadas y temblorosas

-No sé exactamente lo que deseás decirme con eso... En este momento sé que estoy a tu lado y quiero estarlo. No puedo pensar en el porvenir como creo intuir que lo estás haciendo vos; para mí existe hoy, juntos, sintiéndote y estoy segura que será para siempre, fuera lo que fuera, si tuviéramos que compartir la rutina o no... Yo... te quiero...

Se abrazaron... La ternura, la devoción, las delicadas manos que se multiplicaban rozando cada parte de su cuerpo, ese al que tanto le temía, al que creía definitivamente dormido, ese cuerpo iba despertando con olas de calor. Se sentía más vivo que nunca atrapado en la delicia y cuando penetró el recoveco infinito, recorriéndolo palmo a palmo con pasión, comprendió que aún era un hombre entero junto a quien lo completaba, Ella al fin y lo hacía un todo. Se sintió inmortal.

El tiempo también.

## El ojo de la noche. Epílogo

El otoño cubría el parque de hojas casi secas y marrones que a pesar de todo seguían manteniéndose vivas al moverse junto a la brisa. Selene bajó del coche y se dirigió hacia los árboles; buscó entre la hierba y eligió una hoja grande y de color algo rojiza. Se sentó en un banco, dirigió la hoja de un lado a otro y cuando encontró la forma adecuada escribió en ella. “He salido del árbol para volar hasta tu corazón”.

Luego se dirigió al “fitito”, conducía serena y feliz saboreando las primeras ráfagas de frío.

Su corazón de pronto se estremeció a medida que se acercaba a la entrada amada y esperada. “Dios, qué están haciendo allí”, gritó una voz interior tan ahogada como su pecho mientras sus ojos tropezaban sin quererlo con el padre de Zelo, doblado como un viejo indefenso; Eli y Tomás con aspecto descompuesto... “¿Qué es esto...? ¡Oh no Dios! ¡No lo habrás hecho! ¡Por favor, decime que no! ¿Qué hacen en la entrada Osvaldo, Néstor...?”

Intentaba mirar y convencerse con los ojos nublados que era una pesadilla... sólo eso; ya la había tenido antes. Su coche, más consciente que ella, no paró, siguió por un camino oscuro, volaba como nunca. No le importaba ver, iba tragando ciego los kilómetros hasta el centro.

Lo abandonó en una calle y siguió corriendo; no soportaba a la gente tan llena de vida, luchando como siempre. Bajó al sótano sin darse cuenta, tropezando a oscuras con las mesas y sillas. Llegó hasta el equipo de música, lo encendió; buscó las luces y sólo prendió un foco que daba al escenario; subió a él y en medio del círculo luminoso miró hacia arriba.

-Zelo... estoy acá; decime por favor dónde estás. No puedo creer que te hayas ido otra vez ¡Mirame! Ves soy feliz, tanto como me rogaste que lo fuera si... Fijate en mi delicada luz... Soy el Ojo de la Noche, ves mi reflejo como el pastor ¡Decime! ¡Aconsejame! ¿Cómo voy a seguir reflejando la luz si no tengo el sol?

La canción, su canción llenaba ya el espacio y casi sin voz comenzó a cantar:

Te recorro

Te busco

Te nombro

No con la mirada

No con los pies

No con la voz

Se quedó sentada, muda; se hizo un ovillo rodeando con los brazos las rodillas y su voz apenas perceptible:

“Zelo... te amo... te amo... te amo... te amo... te amo...”

Nino no se sorprendió cuando miró el escenario y la encontró así. Fue hasta ella y con un susurro y atragantándose con las palabras:

-¿Ya lo sabías? Oh Selene, cuando llamaron esta tarde para que te avisara... te juro que no... Princesa sé lo que sentís, lo sé... ¿Querés que me quede?

Silencio...

Y agregó casi sin sonido como para sí mismo:

-Bien, te dejo... Este sitio es hoy todo para vos.

## Nota

El día que tuve que matar a Zelo fue para mí triste; me costaba pensar que una persona llena de sentimientos, de lucha y de voluntad tuviera que morir así, dejando tantas cosas por hacer.

Puede que al matarlo buscara el deseo de recapacitar sobre muchas cosas que suceden y que no vemos; sobre el pastor Endimión que forma parte de nosotros, dormidos en la rutina, en los miedos, en el poder. Y la necesidad latente de ver ese Ojo de la Noche que nos despierte con su tenue y delicada luz.

Ya ves, un final quizás decepcionante, quizás lógico. Pero tenía que ser así, para que la anarquía del poder de unos cuentos evidenciara los desajustes que provoca, todo lo que pisotea y que ni siquiera ve o se toma el trabajo de imaginar.

Pero... qué difícil es matar un personaje que se fue materializando en tu imaginación... Sí, qué difícil; darle forma, darle acción, crearle un espacio y de pronto descubrir que al hacerlo cobra vida propia y no se es dueño de su destino. Se termina sufriendo con él... sin dominar la situación. Entonces, no se es autor sino un intermediario.

Aquí lejos de Buenos Aires, marzo de 1995